

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 23

50 Céntr.



- ARISTO-TELLEZ -
XXY-

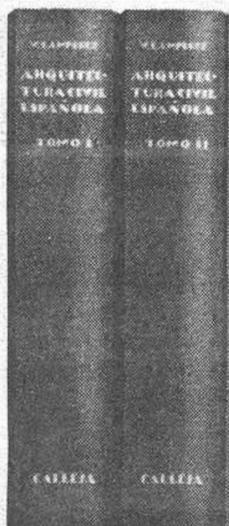
ARQUITECTURA CIVIL ESPAÑOLA

DE LOS SIGLOS I AL XVIII

POR

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA CON EL PREMIO FASTENRATH

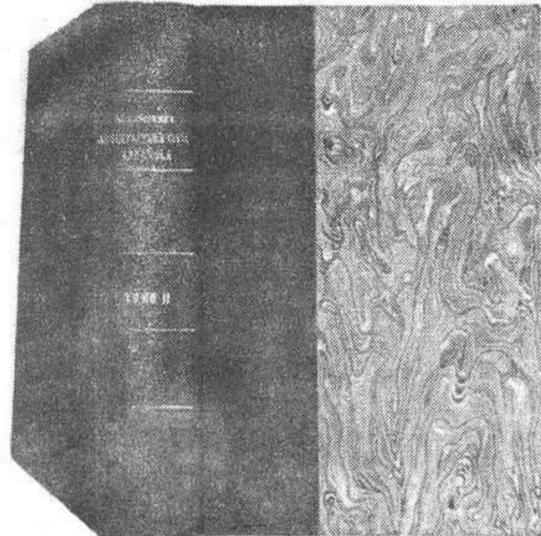
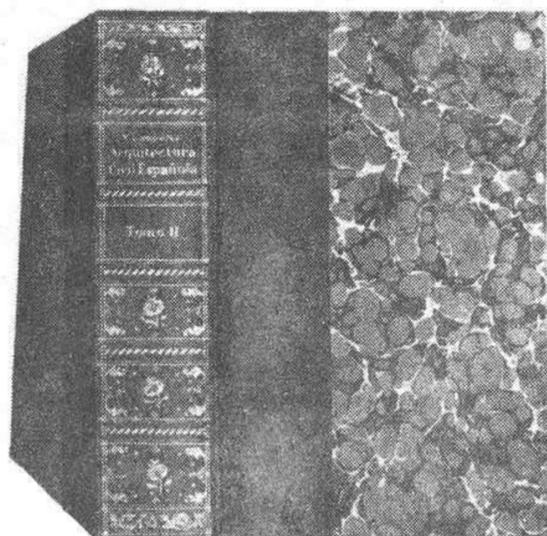


**DOS MAGNÍFICOS
TOMOS CON 1.162
GRABADOS EN PAPEL
COUCHÉ**



Nadie desconoce la personalidad ilustre de Lampérez. Un libro, en el que aquel sabio maestro enfoca con la luz poderosa de su insuperada autoridad cada monumento de la riquísima colección desparramada por España, es algo excepcional en mérito y en interés, y nada podría añadirse para encomiar el uno y el otro si no cupiera agregar que la documentación gráfica de la obra es de una esplendidez tan inusitada, que ella sola representaría un tesoro de información y de arte, aunque no tuviera trenzados en torno suyo los juicios certeros, los comentarios luminosos del maestro Lampérez, de inolvidable memoria. Nadie puede preciarse de amar el Arte español, *primus inter pares*, sin haber estudiado estos dos volúmenes sustanciosos y riquísimos.

DOS TOMOS CON 1.320 PÁGINAS, DE 289 × 200 mm.



En rústica, 125 pesetas.
En tela, 137 pesetas.

En medio chagrín, 155 pesetas.
En chagrín fino, 175 pesetas.

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447. — MADRID

MUJER

Año II — Núm. 23

Revista del Mundo y de la Moda

27 Enero 1926

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:

MADAME MARTINE RENIER

Redactora-jefe de la Moda

en la Revista de París

FEMINA

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES

NÚMERO: 50 CÉNTIMOS

SUSCRICIÓN:

ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.

SEMESTRE, 12 PESETAS. TRIMESTRE, 6 PESETAS.

OTROS PAÍSES: UN AÑO, 35 PESETAS.

ADMINISTRACIÓN:

ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:

SAN SEBASTIÁN

Correspondencia y suscripciones:

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28

Apartado 447

MADRID

Se admiten suscripciones por un mes (2 pesetas) a las personas residentes en Madrid, Barcelona, Santander y Sevilla.

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"



Josefina D. de Artigas

FOTO. COYNE.

¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida actual?

La frivolidad.

Y ¿cuál su mayor encanto?

¡Vivirla!

Josefina Diaz de Artigas



Casimiro Ortas

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Que existe el dinero. Es un gran engorro eso de tener que cambiar por unas cosas redondas, que se llaman duros, las cosas que uno necesita imprescindiblemente.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Tener dinero.

Casimiro Ortas



Luis Bagaría

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La cobardía.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La emigración.

Luis Bagaría



Dr. J. Sanchis Banús

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

No es fácil empresa esta que el ruego amistoso del Director de MUJER me obliga a afrontar.

Entiendo por «defecto de la vida actual» una orientación errónea de la actividad de las sociedades contemporáneas, que, por su propia y viciosa virtualidad, las aleja del camino de su progresiva perfección.

Así interpretada la pregunta que se me dirige, es ocioso subrayar las dificultades que se oponen a darle una respuesta

sensata; ella, forzosamente, requiere una amplitud casi universal de horizontes espirituales, y necesita, además, que aquel que pretenda contestarla posea en alto grado la rara facultad de elevar su punto de vista por encima de su propia personalidad, ya que desgraciadamente el hombre propende a considerar como defectuoso todo aquello que le es desagradable. No se arriesga nada al pronosticar que se equivoca aquel que erige como norma de lo bueno y de lo malo el criterio emanado de la naturaleza de sus propias emociones.

Y, dando por cierto que mi peculiar temperamento me veda por completo la posesión de estas dos cualidades (universalidad de horizontes espirituales, impersonalización del punto de vista), forzosamente he de alimentar serios temores sobre la acogida que aguarda a mis respuestas, seguramente demasiado personales para merecer la aprobación de muchos.

Estimo que el mayor defecto de la vida actual es la desaparición lenta y progresiva de ideales sublimados; es decir, la intervención de un deseo de gratificaciones inmediatas en los propósitos colectivos de las sociedades contemporáneas.

Los movimientos gregarios se producen hoy tan solo por ansias de satisfacción inmediata de afanes groseros. Las guerras no se hacen ya por la conquista del Sepulcro de Cristo, sino por la de un mercado indeciso; las revoluciones no propugnan ahora el triunfo de la libertad, sino el aumento de un salario.

El nuevo giro «vivir su vida», no es sólo un barbarismo fonético,

sino también una salvajada ideológica. Dentro de poco no valdrá la pena de ser bueno; los hombres inteligentes se limitarán a ser triunfadores.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Aunque esta pregunta vaya asimilada a la que precede, por la simultaneidad con que ambas se producen y hasta por la semejanza formal con que se formulan, en el fondo difieren ambas sustancialmente: inquirir los defectos de alguna cosa, es pedir un juicio a la razón; indagar sus encantos, es sacudir un aldabonazo en la puerta

del castillo encantado que allá, en lo más oscuro de la conciencia, encierra a las hadas de los sentimientos.

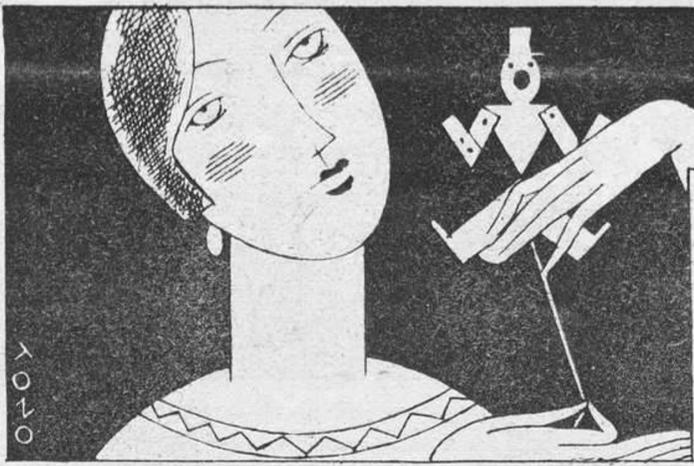
El supremo encanto de la vida fué siempre la mujer, que, en el minuto de ahora, no sólo sigue con el cetro real de su eterna actualidad, sino que gana en nobleza y en dignidad al redimirse lenta y seguramente de la tiranía del sexo.

Llamo «tiranía del sexo» al juego contrapuesto de fuerzas que han gravitado hasta hace poco sobre toda mujer, por el solo hecho de serlo; fuerzas que si por un lado la empujaban por instinto y por necesidad al matrimonio, se oponían por otra parte a la soberana libertad de sus determinaciones.

Hallar una mujer ni gazmoña ni descocada, ni sabihonda ni ignorante, ni torpe ni genial, ni esclava ni dominadora, sana de cuerpo y sin doblez de alma, que pueda libremente y de igual a igual (subrayo precisamente aquellas cualidades que me parecen peculiares en el momento actual) hacer a un hombre la donación magnífica y perdurable de su cuerpo y de su alma, sin que este don se haya pagado en otra moneda que en la de amor; este es, a juicio mío, el más precioso encanto de la vida actual.

Y cuando esta conjunción es fecunda, la pareja humana, al repetir el milagro siempre renovado de la Creación, se eleva en la semejanza de Dios hasta igualarle en el más extraordinario de sus atributos.

J. Sanchis Banús



MONINA

NOVELA

POR

CY P

(Continuación.)

—No; precisamente de enferma, no. Pero la encontré algo alborotada, un poco febril.

Y añadió luego, con tristeza:

—Bien es verdad que casi no la vi, pues no se ocupó más que de Huberto de Bernés, y olvidó por completo a su viejo amigo...

Monina se levantó y acercándose a él le dijo mimosa:

—¡Oh!..., ¿cómo puede usted creer...?

—No creo, he visto. Y no la reprocho nada, pobre niña. La juventud va hacia la juventud, ¡es tan natural...!

—¡No, no!... —dijo sincera—. No lo crea usted. A mí no me gusta la juventud, en general, tanto como usted se figura. Más aún: me son insoportables los jóvenes de la edad del señor de Bernés.

—Sí, ya recuerdo que me ha dicho usted eso mismo en otra ocasión, el día en que nos conocimos, por la noche, cuando en este mismo salón esperamos juntos a los convidados, antes de la comida.

Dionisia se echó a reír:

—¿Tiene usted buena memoria!

—Mucha, cuando se trata de usted.

Y con voz un poco temblona, la preguntó:

—¿Se acuerda usted de lo que me dijo ayer?

—¿Ayer?

—Sí; ayer...

Como si no recordase, abriendo mucho los ojos, que en aquel momento parecían dos pálidas violetas, dijo:

—No..., no sé. No recuerdo. Estaba un poco atontada de resultados de mi voltereta, ¿comprende usted?

Y viendo que el señor de Clagny permanecía sin hablar:

—Veamos..., ¿qué fué lo que dije, tan interesante?

El repitió lentamente, mirando muy atento a Monina, que le escuchaba un poco burlona, con la boca entreabierta:

—Usted me dijo: «¡Estoy tan bien..., si usted supiera!... ¡Querría estar siempre así!»

—No me acuerdo de haberlo dicho. Pero si lo dije, hice bien; porque era verdad, ¿sabe usted?

El conde atrajo hacia sí a Monina y preguntó:

—¿De verdad no la espantaría de verme así de cerca siempre?

—No..., no me espantaría...; ¡oh, nada de eso!

—¿De verdad?

—De verdad... ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. ¿Sabe usted si su abuela se ha levantado?

—No se levanta nunca antes de las ocho y media o las nueve, sobre todo cuando se acuesta tarde; y anoche eran casi las dos cuando llegamos a casa.

—Y usted, tan fresca y tan bonita como si hubiera dormido toda la noche... Escuche, Monina; no quisiera dejar de ver a su abuela.

—¿Tiene usted que hablar con ella misma, o puedo darle el recado de su parte?

—No; tengo que hablarla yo mismo.

—Pues va usted a tener que esperar «una pizca», como dicen aquí.

—Pues esperaré.

Monina miraba un poco sorprendida al señor de Clagny, que se paseaba a grandes pasos de uno a otro lado del salón, y le preguntó, curiosa:

—¿Qué le pasa a usted?... Porque a usted le ocurre algo; ¡no cabe duda!

—¡No..., nada!

—¡Sí!... ¡Sí!... No hace más que ir y venir.

Una vez vi yo a Pablo de Rueille yendo y viniendo así.

—Yo también le vi.

El día de la comida

La Balue, Jozencourt y Compañía, mientras usted cantaba.

—No. Fué un día en que tuvo un duelo ridículo, y no sabía si decírselo o no a Bertrada.

—¿Y qué hizo?

—Yo creo que callarse.

—Pues entonces era más sereno que yo.

Monina preguntó impetuosamente:

—¿Tiene usted un duelo?

—Un duelo, si se quiere..., y ridículo, desde luego. Un duelo contra lo imposible. Usted no puede comprender esto, mi querida Monina.

—¿Y cree usted que mi abuela lo comprenderá mejor que yo?

—No lo sé. En todo caso, me escuchará y me tendrá lástima.

—Yo también puedo escucharle y compadecerle.

El rostro del señor de Clagny expresaba verdadero sufrimiento. Cuando dijo:

—No quiero ser compadecido por usted.

—Entonces... ¿es que no me quiere?

Clagny hizo un movimiento, se detuvo después y, con una calma desmentida por la turbación de sus ojos y el velo de su voz, dijo:

—Sí que la quiero. La quiero demasiado.

Y cogiendo el sombrero, que había dejado encima de un mueble, se dirigió rápido a la puerta de la terraza, diciendo:

—Voy a esperar en el parque a que su abuela pueda recibirme.

Pero en cuanto Monina dejó el salón volvió a entrar, sintiéndose como agobiado, súbitamente envejecido por una preocupación dolorosa.

La marquesa no se hizo esperar mucho tiempo; y al entrar dijo, muy risueña:

—¡Qué madrugador, señor de Clagny!

Y al advertir la cara descompuesta de su amigo:

—¡Dios mío! ¿Qué le ha sucedido?

—Una desgracia.

—¡Dígame!

—Precisamente por eso vengo tan temprano. ¿Recuerda usted que la primera vez que vine aquí, hace quince días, al quedar encantado de Monina, usted me recordó que era su nieta y que podía ser la mía?

—¡Sí!

—Yo respondí a usted que lo sabía bien, que lo que usted me decía era razonar, pero que los corazones jóvenes razonan poco y mal.

—Sí, ya me acuerdo.

—Pues bien: hoy estoy perdidamente enamorado de Monina; la adoro con toda mi alma.

—¡Dios me valga!

—¡También es usted tranquilizadora!

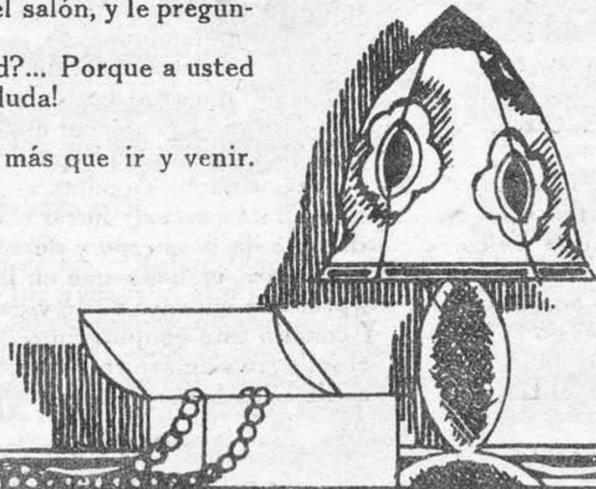
—¡Pobre amigo mío!..., ¡qué quiere que le diga!... Supongo que no tendrá usted esperanzas de casarse con ella.

—No, no las tengo. Sin embargo, suplico a usted que diga a su nieta lo que acabo de confesarle; tengo cincuenta y nueve años... seiscientos mil francos de renta. No soy malo ni repugnante... y la adoro... como nadie la adorará nunca.

—Pero piense usted que tiene...

—Treinta y ocho años más que ella. Diferencia temible, sobre todo para mí, ya lo sé, y de tal desproporción acepto todos los peligros.

(Continuará en el número próximo.)





NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

—¿De modo que no puedo beber cinco *cocktails* sin ponerme enfermo? ¿Es esto natural? Ya ve usted que tengo algo que no es natural.

—Puede Vuestra Alteza beber perfectamente cinco *cocktails* —dijo Mauricio sonriendo—; pero no es posible renovar el festejo todos los días.

—¡Llama usted un festejo a eso!

—Me permito hacer observar respetuosamente a Vuestra Alteza que ha abusado mucho de estas mezclas durante estos últimos tiempos.

—Si no tuviese un cáncer, no me haría daño. Míreme la lengua: ¡verde, la tengo verde!

—Tranquílcese Vuestra Alteza. Coma ligeramente, beba té en las comidas y no tendrá la lengua verde.

—¿Está usted seguro de que no tengo un cáncer?

—Segurísimo, monseñor.

—¿No cree usted necesario que me haga una radiografía?

—Es inútil, monseñor.

—¿Y no me ausculta usted... aquí en el vientre..., en el estómago?

El doctor sabía a qué atenerse. ¡Había auscultado, palpado y examinado tantas veces a su enfermo imaginario!

—Monseñor, no tiene Vuestra Alteza nada que temer por esta vez. No hay complicación alguna. Pero le suplico que suprima los *cocktails* y los licores. Si no, no respondo de lo futuro.

—¡Ah! —exclamó el príncipe con el aire gruñón.

Tuvo una idea.

—Voy a cambiar de aire. Vamos a salir para la Italia del Norte, iremos a casa de mis primos de Saboya. Montaremos a caballo, haremos excursiones en *auto*. Esto será mejor que beber *cocktails* y tallar bancas.

Mauricio quedó consternado. Pensaba en Marta Guillaume. Esperaba volverla a ver, coquetear con ella, arriesgarse a una petición de mano. Y aquel déspota quería alejarle. Pensó en presentar la dimisión, pero no se atrevió.

Felipe de Tesalia, entusiasmado, exclamó:

—Esta noche daré la orden de marchar.

—Sería mucho mejor esperar unos cuantos días —declaró Mauricio—, y mientras tanto cuidarse seriamente. Quizá sería preciso una temporada en Vichy.

Los huéspedes de la Costa Azul suelen marchar a Vichy el verano. ¿Por qué la linda viuda no tenía que ir? Sería fácil decidirla. No había que perder toda esperanza.

El príncipe pedía ya un mapa de carreteras para combinar su itinerario.

Aquello le entretenía. Le gustaba examinar aquellas redes de caminos, buscando el que debía seguir. Le recordaba sus tiempos de campaña. E instintivamente, ante el plano desplegado, tomaba un aspecto más militar.

Llamó a su secretario y a su ayudante de campo.

Mauricio les cruzó en el saloncito y les dijo:

—El príncipe está furioso. Se cree enfermo. Quisiera marchar a Italia para hacer vida deportiva. Nos llevará allí esta misma semana probablemente. ¿Tienen ustedes mucho interés en marchar a Italia?

—¿Yo? ¡En modo alguno! —exclamó el secretario que había conocido una mujer encantadora en el principado de Mónaco.

—¡En absoluto! —añadió el ayudante, que encontraba la vida fácil en la Riviera.

Quería dejar la costa; pero con la condición de regresar a París o ir a Vichy.

La idea de reanudar la vida de palacio, de etiqueta, de servicio, no le agradaba mucho.

—He podido ganar unos cuantos días —explicó Mauricio—. Ayúdenme ustedes. Trataré de aconsejarle una estación termal, pues tiene necesidad de un régimen severo.

El doctor de Ansauvillers se marchó a su habitación.

Era grande y estaba amueblada con elegancia, según el estilo inglés. Había flores en los jarros, fotografías por todas partes, en la mesa, en la chimenea. Se veía a Felipe de Tesalia, con uniforme de coronel, en el centro de un grupo de excursionistas, junto a un «*auto*», y el retrato del rey de Tesalia, lo mismo que los de varios príncipes cruzados por una dedicatoria autógrafa.

Mauricio contempló el retrato de Odette, colocado encima de la mesa escritorio, junto al tintero de bronce. Después sacó de un cajón un manojo de facturas que fué repasando.

El sastre, el joyero, el camisero y otros proveedores habían enviado notas de sus cuentas en el hermoso papel grueso de las gran-

des casas. Mauricio estuvo tentado de hacer la suma de todas sus deudas. Escribió dos cifras, tres cifras en un papel y después se detuvo, diciendo en alta voz:

—¡Bah!, ¿para qué? ¡De todos modos no puedo pagarlas!

Desde hacía varios años, desde que salió de la escuela de Medicina, vivía con la esperanza de hacer un brillante casamiento. Sus acreedores debían estar espiándole. Debían conocer toda su historia y la agonía de la señorita Angerolle. ¿Qué iba a ser de él? Era absolutamente preciso que descubriese otra heredera. Por un instante maldijo su profesión de médico que exige tantos gastos para instalarse. ¡Qué locura cuando no se tiene fortuna, cuando no se tiene un cuarto, elegir semejante carrera!

Y aun él podía esperar algo de su familia en aquel tiempo. No sabía que su padre se estaba arruinando y no le dejaría nada absolutamente.

Mauricio terminó el día del entierro de un humor horrible.

Por la noche, el príncipe se acostó temprano, y Mauricio, de smoking, sin nada a la cabeza, atravesó la plaza que se extiende delante del Casino y que los habituales llaman el «queso».

Entró en las salas de juego.

Odette había visto claro. Trataba de aumentar sus ingresos por medio de la ruleta, y a veces, cuando estaba en fondos, del treinta y cuarenta.

Era uno de los numerosos clientes de la casa que van en busca del *jornalito*. Y durante dos o tres horas estaba nervioso, agitado, el cuello tendido y febriles las manos, delante del tapete verde con líneas y cifras amarillas.

Los *coupiers* y los inspectores conocían perfectamente al médico del príncipe, como conocían, por lo demás, a todos los habituales de la sala de juego.

La noche fué mala. Mauricio perdió. Recordó los consejos de Odette que un día le habían ayudado a reponerse. Ya no estaba allí. Ya se había acostumbrado a sentirla junto a él, a oír sus advertencias de muchachita prudente. ¡Se encontraba solo! ¡La echó de menos!

Se marchó, habiendo perdido, lleno de melancolía.

Pasó una noche agitada. Hacía proyectos en la obscuridad.

El príncipe estaba mejor a la mañana siguiente. Dejó un poco de libertad a su médico y le permitió disponer de todo el día.

Hacia sol, el hermoso sol de abril de aquel país, que abre todas las flores de los jardines y centellea en el mar que parece de plata fundida.

Mauricio se había levantado temprano. Pensó: «Almorzaré aquí», porque le quedaba poco dinero hasta fin de mes, después de las pérdidas de la noche anterior a la ruleta, y en el hotel comería a costa del príncipe, que pagaba los gastos de toda su casa.

El doctor pensaba ir por la tarde a Menton para ver a Marta Guillaume. Vistióse con todo cuidado y bajó a las terrazas del Casino.

XXX

Era domingo. Casi todo el mundo estaba en misa. Había poca gente en las terrazas. Un caballero, volviendo la espalda al Casino, contemplaba el mar. Una señora seguía dócilmente a su perrito. Una mujer gorda, que por el vestido parecía una tendera ambulante y que sería, seguramente, una jugadora profesional, sentada en un banco, comparaba unos cartones.

Dieron las diez.

Mauricio se paseaba a lo largo de la terraza. Barajaba toda clase de ideas tristes.

Vió a Clara Vimereux que bajaba la escalera de las terrazas.

Se extrañaron los dos de encontrarse tan de mañana en aquel lugar desierto.

—¡Usted!

—¡Usted!

—¡Qué madrugador! —exclamó ella.

—¡Usted, sí que lo es, que ya viene de Menton!

—Sí; me sentía impresionada, angustiada en la villa Miramar, después del entierro de nuestra querida Odette. He sentido la necesidad de salir, de respirar un poco de aire. Los Angerolle no tenían necesidad alguna de mí. Están encerrados en sus habitaciones, llorando. ¡Qué triste! ¡Qué triste es todo esto!

(Continuará en el número próximo)



LA PAGINA DE LAS LECTORAS

Publicamos aquí los originales que nos envíen nuestras lectoras: artículos, ensayos, crónicas, comentarios, fragmentos de diario, narraciones, poesías, etc.; dibujos (solo en blanco y negro); ideas de labores, fotografías (no retratos), etc. Se publicará lo que permita el espacio disponible, prefiriendo lo que tenga mayor interés general.

Amor de muñecos.

Es de noche. Colombina pasea silenciosa por el jardín en un claro de luna; una nube ensombrece a veces su linda frente. Esa nube es de tristeza. Cansada de pasear, ocupa un banco, y apoyados los codos sobre las rodillas, hace a sus manos depositarias de su linda cabecita. Pronto, a la luz de la luna, se ven escapar algunas lágrimas de entre sus afilados dedos. ¿Por qué llora Colombina?

Era una niña aún; un día que paseaba como hoy por el jardín, de pronto, se le acercó un joven de agradable figura. Era Arlequín, que empezó a embrujarla con sus palabras ardientes. Una armonía dulce llegó a los oídos de ella. La pedía cariño. Y se dejó convencer y le quiso. Pasaron los días y le entregó el alma entera. ¡Qué felices fueron!

Un día, Arlequín no fué como de costumbre; pero Colombina no dudó ni un momento. «Vendrá mañana», pensó. Y así un día y otro día, hasta que fuese preciso convencerse. Arlequín no la quería; nunca la quiso. Fué para él un capricho más, una de tantas...

He aquí la tristeza de Colombina. Por eso sus mejillas, rojas como rosas de fuego, están pálidas de sufrimiento; por eso sus bellos ojos, alegres como las fuentes de Granada, vierten abundantes lágrimas; por eso sus labios, siempre sonrientes, se contraen ahora por el dolor y llora... llora...

Un nuevo personaje surge de pronto por el fondo del jardín. Es Pierrot... Pierrot, que ama a Colombina en silencio. Se acerca, trata de consolarla; pero en vano. Y esta vez, valeroso, la declara su amor. Un amor fuerte, grande, hermoso, capaz de todos los sacrificios, de las mayores abnegaciones.

Colombina se conmueve y duda un momento; pero uno solo. El recuerdo de su querido Arlequín es ahora en ella más potente que nunca, y espera aún... Ya no duda: «Volverá; sí, volverá.» Y rechaza el querer de Pierrot, que la hubiese, seguramente, hecho tan feliz...

Pierrot se aleja. De vez en cuando llega hasta Colombina un sollozo, que rompe el silencio augusto de la noche. Pero ella no oye nada...; sólo piensa: «¡Volverá!»

¡Pobre Colombina, qué inocente eres! ¡No sabes tú, nena bonita, que mientras tú aún recuerdas aún no dudas...; mientras Pierrot se aleja dolorido, Arlequín te ha olvidado por completo y sonríe, dichoso, cerca de otra mujer!...—CARACOLA.

Dalias.

Blancas dalias, compañeras de las tumbas silenciosas; bellas flores sin olor, dalias blancas, dalias rojas.

Las auras de la mañana levemente os acarician, y el sol, al dejar la Tierra, su último beso os envía, temeroso de dejaros durmiendo, en la noche fría.

¿Por qué siendo tan hermosas podéis ser tan resignadas?, ¿por qué de las frías losas habéis hecho la morada?

Bella flor de cementerio, qué tristeza hay en tus hojas; bellas flores sin olor, dalias blancas, dalias rojas.

Calma en la noche.

Todo es silencio en el campo, la aldea dormida está; de los perros, a lo lejos, se oye el continuo ladrar; las aguas del arroyuelo siguen su eterno cantar.

La luna tras la montaña asoma su blanca faz, y el leve soplo del viento pone un dulce susurrar en las copas de los árboles, que se mecen sin cesar.

Todo es silencio en el campo, la noche es serenidad; todo es calma en torno nuestro, y en el alma todo es paz. ¡Es que hay silencio en la noche! Silencio es serenidad...

LA FLOR DE LA ALDEA.

Miseria y frivolidad.

La terraza del *restaurant* rebosa gente *chic*. Las bellas damitas enojadas, de rubias más o menos auténticas melenitas a lo *garçon*, bajo las cuales brillan, agrandados y oscurecidos por la química, los ojos azules lánguidos, o negros atrevidos. El manchón rojo de los labios pintados —frescos y juveniles, lector!— saborean, con cuidado de no desteñirse, los ricos pasteles, los perfumados y exóticos helados.

Ante los felices, al mismo borde de la acera, se detiene una tris-

te y sórdida pareja, reflejo de las miserias humanas. Un muchacho débil, macilento, y su hermana, niña de catorce o quince años, bella, bellísima, de bonitos ojos parteros, cercados de profundas ojeras, con el rostro finamente ovalado, muy pálido, marchito por la garra de la anemia, crispado el trazo de la boca chiquita, mustia, linda a pesar del rictus doloroso. La cabellera ligeramente ondulada, recogida en la nuca blanca, perfecta.

Pasean la mirada cansada por la multitud brillante, risueña; él, apoya el viejísimo violín sobre el hombro, y arranca a las cuerdas bien templadas las notas desmayadas del último tango de moda.

Hay dolor y pasión en los dulces y claros arpeggios del violín; son lamentos de tortura, de hambre.

Un momento en los concurrentes de curiosidad, por las notas limpias del maltrecho violín pulsado con alma. Sólo un momento de curiosidad, por el trémolo final, atacado con brío, con pureza. Al hacerse el silencio, vuelven los sombreados ojos a tender los sutiles lazos de sus miradas, hirientes, brujas; pasan rápidas las barritas de carmín por los labios —frescos, juveniles, lector!— y la niña mendicante tiende ante las mesitas repletas de caprichos, adornadas de ramitas floridas, su manita breve, áspera, como otra flor, pero silvestre.

La mirada de algunos hombres se fija atrevida en las armónicas formas del cuerpecito esbelto, que se acusa bajo la batita de algodón. Tiemblan las tibias carnes y los mustios labios. Un fulgor de caridad destella en los concurrentes y posan en la manita breve las monedas de cobre...

Y el terceto del *restaurant* comienza su concierto. El violinista desliza el arco por las cuerdas magistralmente. Denota el estudio largo, concienzudo; sin ser un virtuoso, es violinista de «nombre».

Los *amateurs* y los falsificados *dilettantis* prepáranse a escuchar. Los primeros, con devoción; los segundos, por costumbre, por matar tiempo. De la mísera pareja nadie se acuerda ya. Extático, al borde de la acera, escucha el mendigo al violinista; le absorbe y le conmueve aquel «solo» maestro de dominio del arco, de técnica magnífica; ¡él, el mendigo, el vencido de la vida, sólo contaba con aquel viejo violín y con su oído sensibilizado por su gran amor al sublime arte!

Dos lágrimas rebeldes se deslizan por las pálidas mejillas de la chiquilla, que, con un leve tirón en la mano del muchacho, le despierta del doloroso éxtasis, y le arrastra de la acera fatal, de la sonrisa ficticia de aquella concurrencia feliz.

Agarrados del brazo se alejan hacia la continuación del éxodo de sus pobres vidas, tristes, miserables, sin más compañía y apoyo que el viejo violín quejumbroso.—ARAT. Alicante.

Recuerdos.

Nos cruzamos:
tú, caminando hacia arriba;
yo, hacia abajo, caminando.
Me miraste, te miré,
nos paramos.

Fué un instante, y, sin embargo,
desde entonces delirantes,
con nuestros ojos soñamos.

¿Recuerdas?
Fué aquí, donde nos hallamos.
Me miraste, te miré,
y nos tendimos las manos.
¿Recuerdas?

Desde entonces, siempre juntos,
hemos los dos caminado.

Y... Pasó tiempo.
Hemos vuelto a encontrarnos:
yo, caminando hacia arriba;
tú, hacia abajo, caminando.

Como entonces,
nos miramos, y pasamos.
Fué un instante, y sin embargo:
Riendo,
tú, el camino seguiste.

Llorando,
el mío fuí continuando.
Y volvimos la cabeza,
y volvimos a mirarnos:
¡tú, hacia abajo, riendo;
yo, hacia arriba, llorando!

CONDESA DE MATTES.

A Nuestra Señora de Madrid.

Virgencita madrileña,
que miras siempre risueña
a quien se humilla ante Ti,
¿atenderás mi plegaria
viendo la horrible batalla
que se está librando en mí?

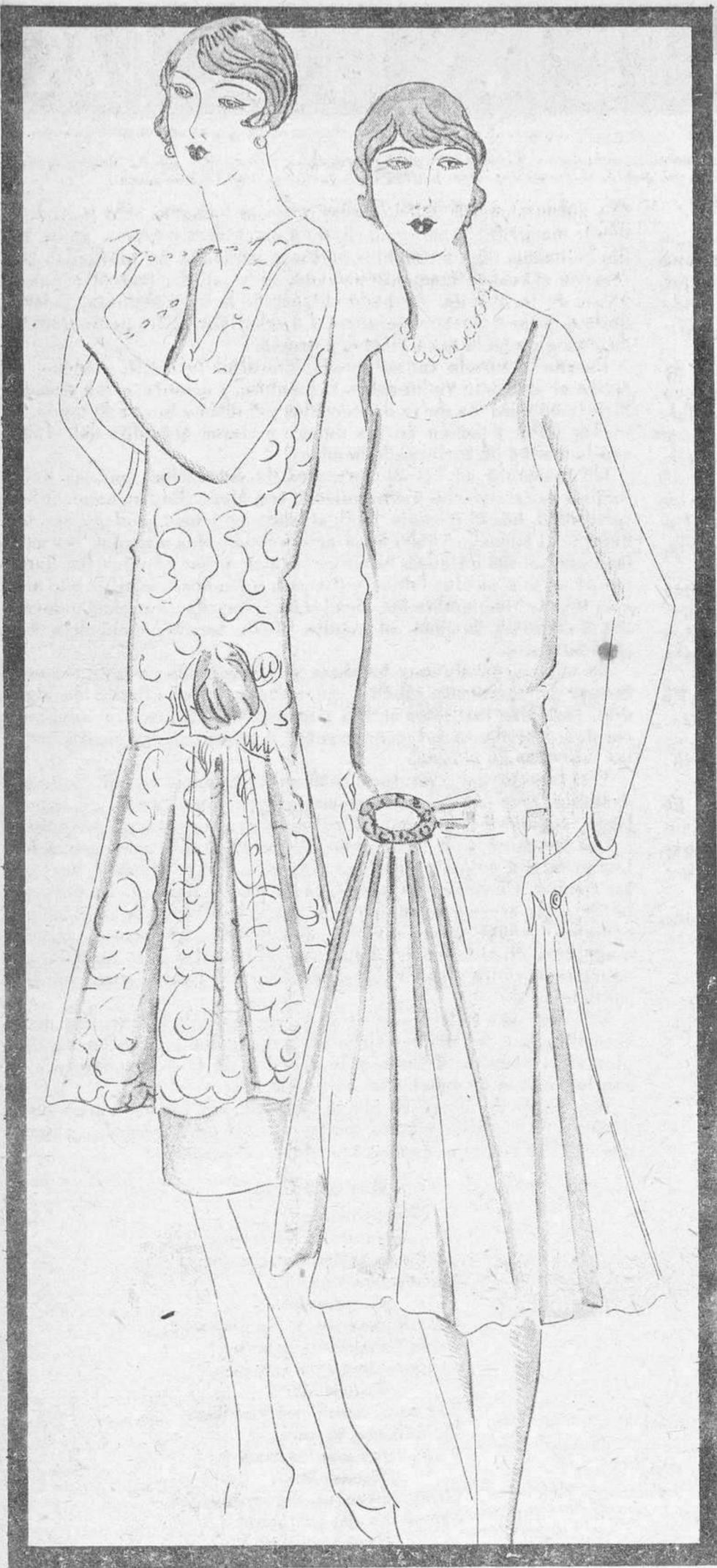
En tu rostro de azucena
veo la gracia serena
que me llama con amor,
y en tus delicadas manos
el Infante Soberano
que se sonríe a tu voz.

¡Mirame Madre querida
ante tus plantas rendida
por el dolor más cruel...
suplicándote de hinojos,
con lágrimas en los ojos,
me traigas de nuevo a él!

Dame su amor Madre mía,
ten piedad de mi agonía,
¡Virgen Santa de Madrid!
Y con tu poder divino
llévale junto al camino
que ha de conducirle a mí...

CARMINA CASTAÑARES.

LA SENCILLEZ EN LOS VESTIDOS DE NOCHE



Vestido de encaje «rubio» sobre un viso de «crepe satin» del mismo tono. En la cintura, gruesa rosa de muselina de seda rosa y roja, con hojas de muselina verde.



Vestido sencillo de «crepe satin» verde almendra, al que dan vuelo unos grupos de frunces. El grupo del centro va sujeto por una hebilla de galalita del mismo matiz de verde.



Siempre es grato poseer un vestido de crespón y de encaje, por el estilo de este modelo. Estos vestidos resultan bonitos, principalmente, en un tono uniforme; por ejemplo, crespón malva y encaje de seda malva, o crespón azul y encaje azul.



Este vestido cruzado tiene un sello de una gran personalidad. Resultará lindísimo hecho con uno de esos hermosos «lamés» flexibles que tanto se llevan ahora. También puede hacerse en falla o en tafetán.

En el segundo vestido, un bordado de suma discreción, en los tonos negro, oro y violeta, pone una nota de originalidad en la sencillez de líneas del conjunto, de crespón rojo antiguo.



A la derecha, mezcla de encaje y de muselina de seda. Este vestido es gris, con nesgas de encaje gris un poco más claro. Las nesgas van fruncidas y pegadas al tejido a punto de incrustación.

Abajo, a la izquierda, vestido de terciopelo negro, sencillamente adornado con una franja de «crepe satin» bordada con azabache y coral. Para que resulte más práctico para la primavera, también puede hacerse este vestido en «crepe satin».

El segundo modelo, abajo, a la izquierda, presenta un conjunto de tonos de un estilo muy chino. Es de raso verde mortecino, bordado en azul claro, amarillo y azul marino. Una ancha faja de cinta azul marino forma una lazada a un lado.



Trajecitos

EL trajecito de mañana siempre está de actualidad, pues se usa rápidamente y nos agrada renovarlo con frecuencia y sin grandes gastos. Hallaréis en estas páginas una serie de hechuras sencillas, que podréis copiar con facilidad. El kasha sigue en boga; pero también tenemos el recurso del reps, del jersey y de la *charmeline*. Esta primavera, lo mismo que las anteriores, nos encantará el color palo de rosa; pero también se llevarán mucho un surtido completo de tonos claros, todos encantadores y juveniles.

El gris, el verde, el *beige* amarillento, el amarillo morte-

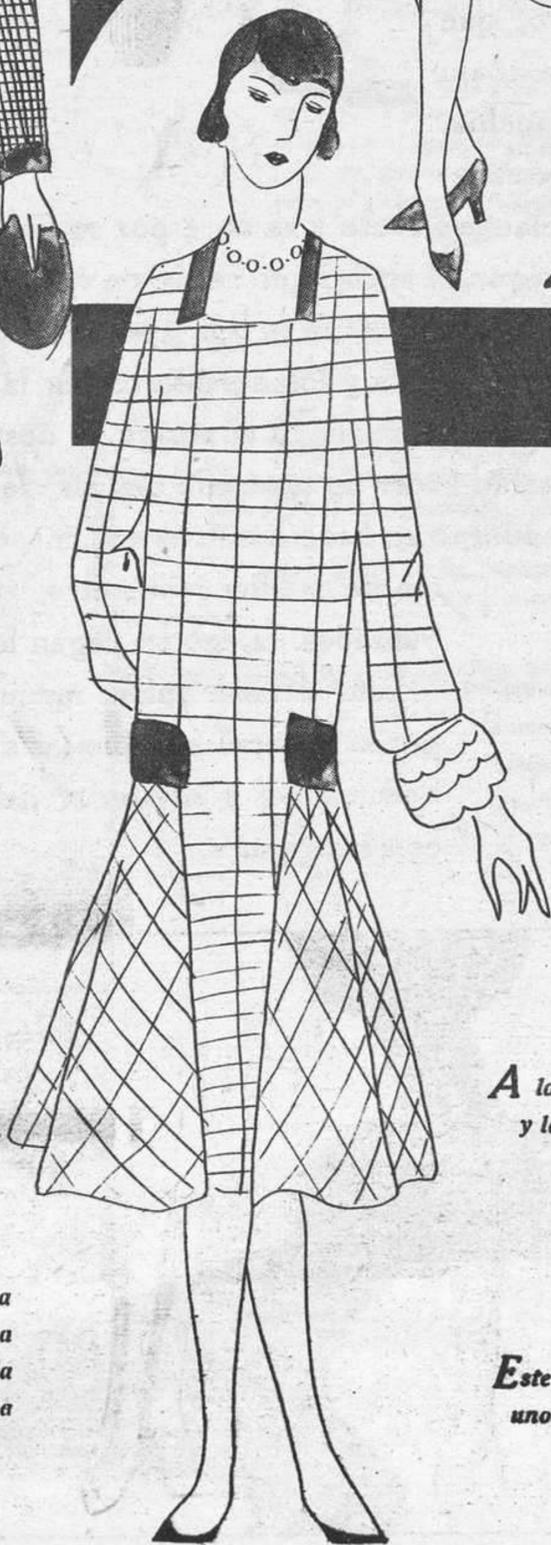


de mañana

cino, hasta el rosa, se verán por la calle y pondrán animación y alegría en los paseos matinales.

No temáis abusar de los plisados y de las tablas, que se seguirán llevando mucho; los modistas anuncian que la forma *sweater* no ha dicho todavía su última palabra. Quizá veamos muchos menos canelones que este invierno, pues éstos no favorecen a las mujeres bajitas, a las que achican algo. Adornad vuestros vestidos con el mismo tejido, pero en otro color; esta idea resulta, en la actualidad, mucho más elegante que los adornos de cuero o de tejido distinto.





Se hacen encantadores trajecitos sencillos, lisos o cuadriculados, y se adornan con drapeña lisa del color de las listas.

A la derecha, montísimo vestido de crespón de China azul marino. El cuello y la franja que adorna la falda, son de raso brillante del mismo color.

La «casaque» sigue en boga; nada más graciosamente juvenil que una «casaque» a cuadros, con una falda lisa, adornada con una franja a cuadros.

Este vestido a anchos cuadros favorecería poco si no tuviera a los lados unos altos volantes en forma, que cortan algo la línea y afinan la silueta.

LA COSTURA EN CASA

Abrijo de niña

La espalda de este abrigo puede adornarse con una rabilla bastante ancha del mismo tejido, con dos gruesos botones iguales.



ESTE abriguito resultará encantador lo mismo en *kasha* que en ratina o en duvetina, en un bonito matiz azul *roy*, verde almendra o encarnado veneciano.

Para una niña de cuatro a cinco años, debe bastar un metro cincuenta centímetros, en ciento cuarenta de ancho; pero lo más seguro es tomar la medida desde el hombro hasta el ras del vestido, y comprar dos altos, más las mangas.

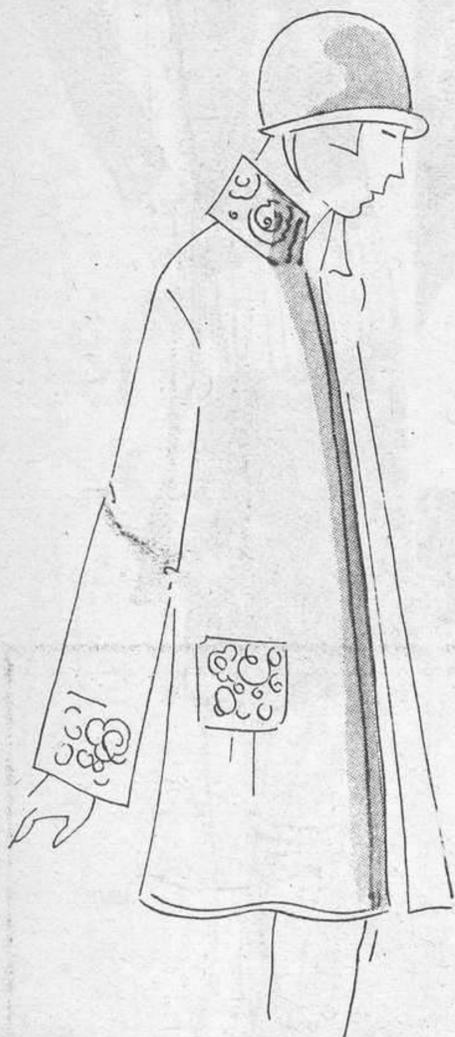
Antes de cortar, conviene hacer un patrón de *linón* y dejar un sobrante para una jareta bastante alta.

El patrón se compondrá de dos partes: la espalda, completamente recta, y el delantero, que se ensancha hacia abajo para formar el canelón. Para obtener este canelón se corta el delantero recto y se abre por su línea central hasta la mitad de su altura o más, según el ancho que se desee obtener. Se coloca el patrón, ya ensanchado en esta forma, sobre la tela y se corta.

Luego, se unen la espalda y los delanteros por la costura de debajo de los brazos y por la de los hombros. Si el abrigo se destina a un nene muy pequeño, resultará adorable hacer un punto de ojal alrededor de cada trozo, antes de la pegadura. Este adorno se hace con lana en un tono vivo y dejando un espacio de medio centímetro, aproximadamente, entre las puntadas. Luego se pegan los trozos a repulgo.

Este detalle anima mucho el conjunto. No se hace, por lo general, en las sisas de las mangas, pero sí en las bocamangas y alrededor del bolsillo. El ojal se hace con lana igual.

Este abriguito, de forma campana, resulta práctico para cualquier edad. Su hechura conviene por igual a un «baby» que a una niña de cinco a seis años.



Dobleces de tela

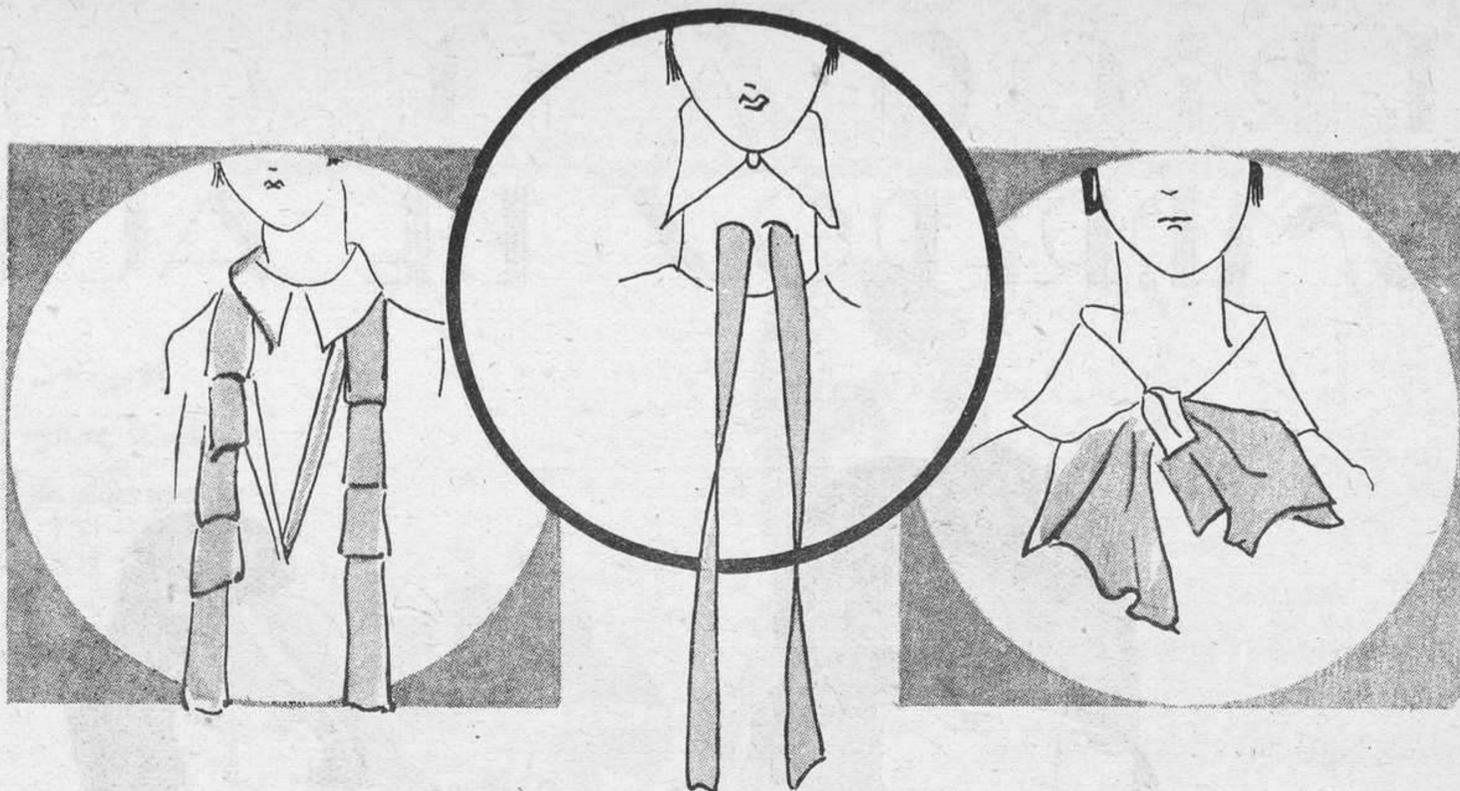
Espalda

Delantero

Bolsillo

Cuello

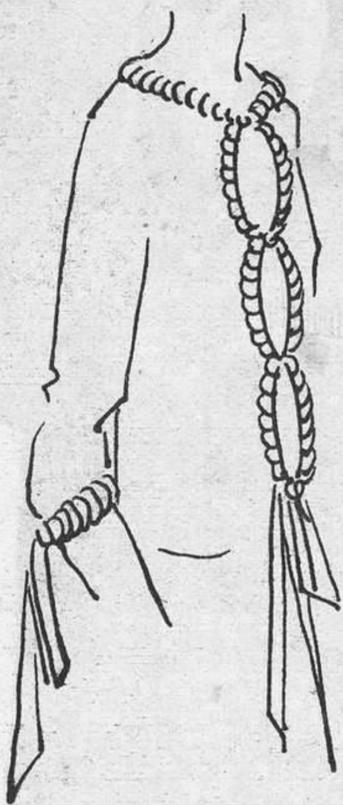
Cintura



Los adornos de cinta son tanto más prácticos cuanto que son fáciles de hacer, y añaden una nota de elegancia a cualquier trojecito, por sencillo que sea. Así sucede con estos adornos de cinta de terciopelo verde musgo, colocados sobre un vestido gris.

Cintas

Arriba, en el centro, cuello recto con dos ojales, por los que pasan colgantes de cinta de falla. Al lado, cuello de «organdi» blanco para colocarlo sobre un vestido de reps. Este cuello lleva una ancha lazada de tafetán flexible, que resultará graciosa con dibujos escoceses.

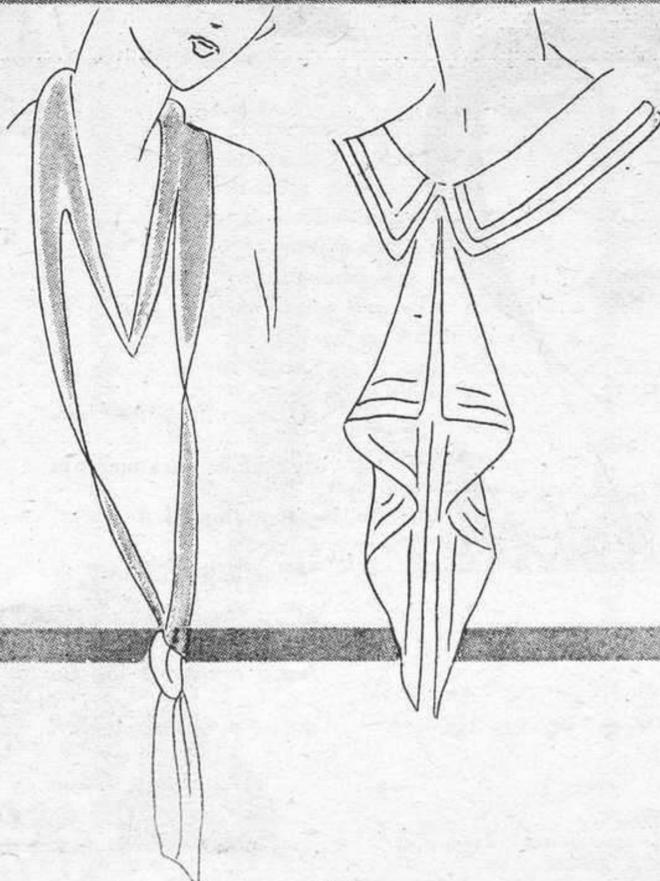
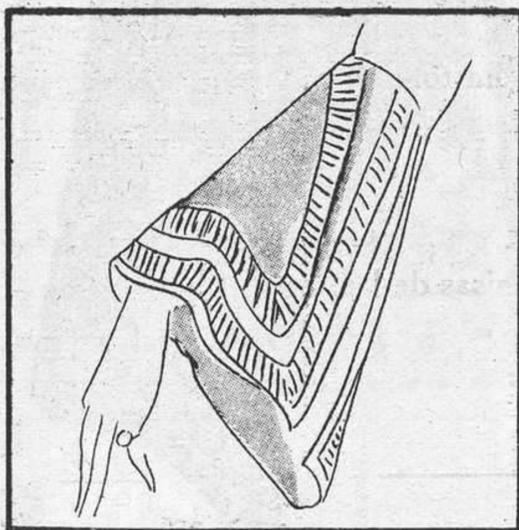


A la izquierda, vestido abierto sobre un chaleco y bordeado por un «bouillonné» de cinta de falla, que forma largas lazadas en la cintura y en las mangas. A la derecha, lazada de cinta de terciopelo o de metal, que puede colocarse en la espalda o en el delantero de un vestido de muselina de seda.



Abajo, a la izquierda, un rizado de cinta completa el estilo graciosamente anticuado de una manga. Al lado, dos cintas cosidas por la orilla forman un cuello y se separan en dos caídas.

Una tenue cinta de moaré o de terciopelo negro pone una nota de esmero en un cuello de piqué, de «organdi» o de crespón. Para una muchacha, nada más encantador que una ancha cintura sobre un vestido de muselina de seda.



ARRIGOS Y SOMBREROS DE AUTO



Los sombreros de «kasha» son excelentes para el auto; este modelo, castaño y «beige», es enteramente flexible; el ala puede doblarse a voluntad.



Sobre este sombrero de duvetina, van bordados, con grueso cordoncillo, unos dibujos muy modernos. Una tira de la misma duvetina pasa por encima de la copa y forma barbuquejo.



Este es el sombrero de antilope, de varios colores, que tan de moda está y que, bien encasquetado, resulta sumamente práctico para las excursiones prolongadas en coche descubierto.



Abriego de grueso tejido «beige», adornado con cnero. Las vueltas pueden cruzarse, a fin de que el cuello se abroche hasta arriba. A los lados, dos anchas tablas.



Sombrecito de duvetina; la echarpe, del mismo tejido, rodea el cuello.



Sombrero de antilope, con listas de cuero castaño.

Sombrero de cuero, con incrustaciones de cuero de un color diferente. Se han hecho, en este estilo, modelos encantadores de cuero blanco para la «Riviera».



Abrigo de paño «kasha» con el cuello forrado de piel. Muchas mujeres han renunciado al abrigo enteramente forrado de piel, porque les restaba esbeltez; prefieren el forro independiente; es una especie de abrigo largo, de una piel modesta, sobre el cual se coloca el abrigo, forrado de grueso crespón o de «kasha».

Este abrigo de cuero ofrece la particularidad de estar abierto, por detrás, sobre unas tablas de paño «kasha»; la combinación del cuero con la tela le da al abrigo una gran flexibilidad; asimismo, esta hechura le proporciona un vuelo de que suelen carecer los abrigos de auto. ¿Quién de vosotras no conoce el suplicio del abrigo demasiado estrecho, que se entreabre por delante y deja las rodillas heladas?





Los GRANDES MODISTAS



Vestido de crespón de China azul «France», con ancha franja e incrustaciones de crespón labrado, en un matiz más claro. Volveremos a ver la temporada que viene las faldas fruncidas al hilo que venimos abandonando por los canchones.

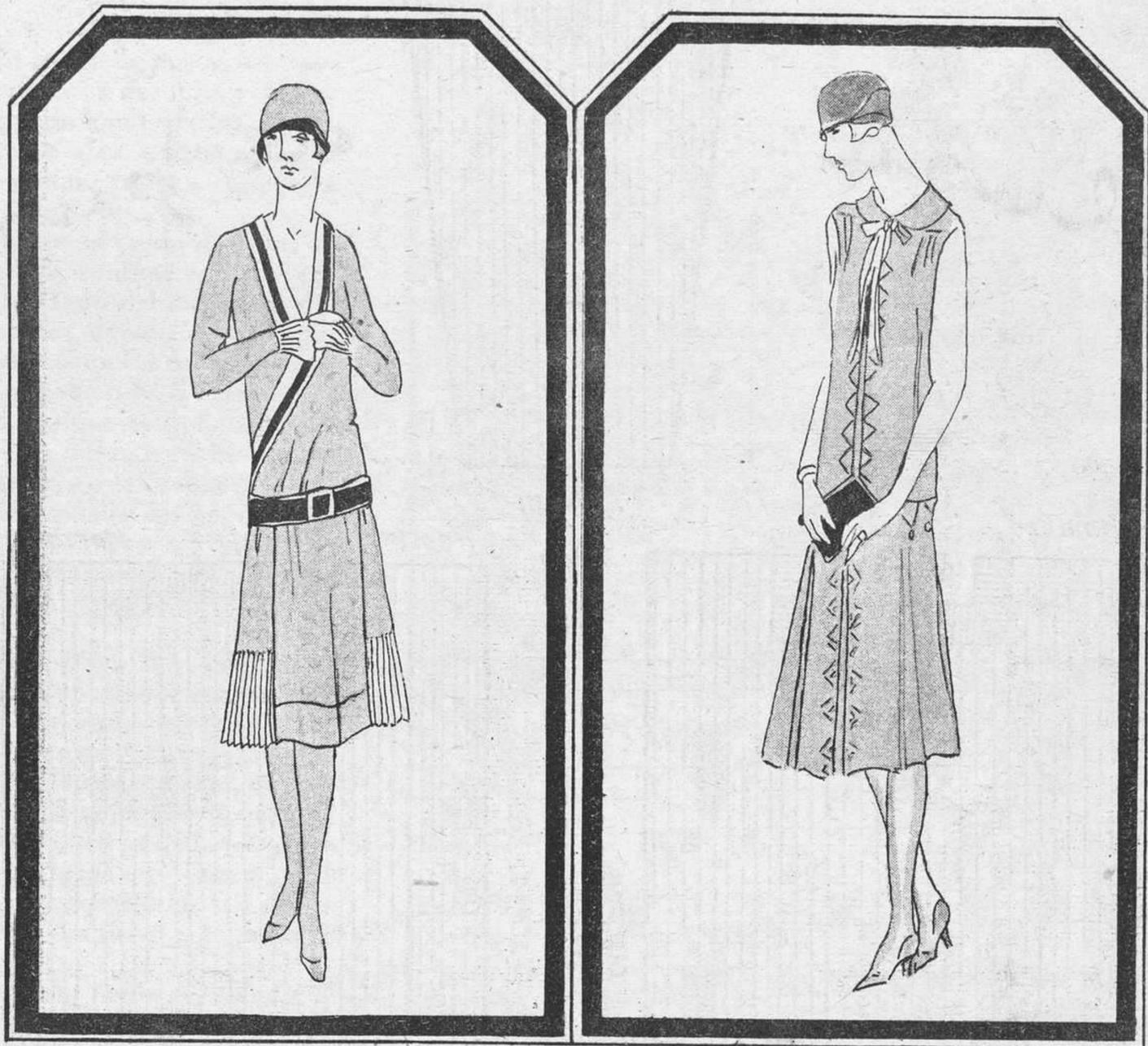
Suntuoso vestido de noche, llevado por Mme. Cora Laparcerie. Es de «crepe satin» blanco y está casi enteramente bordado de «strass». La cola, de «crepe satin», va colocada con suprema elegancia.



PHILIPPE ET GASTON

Lindo vestidito para «petit diner», de crespón de China azul. El cuerpo va bordado. Un galón de plata bordea el escote, y baja por delante hasta un grupo de tablas que da vuelo a la falda.

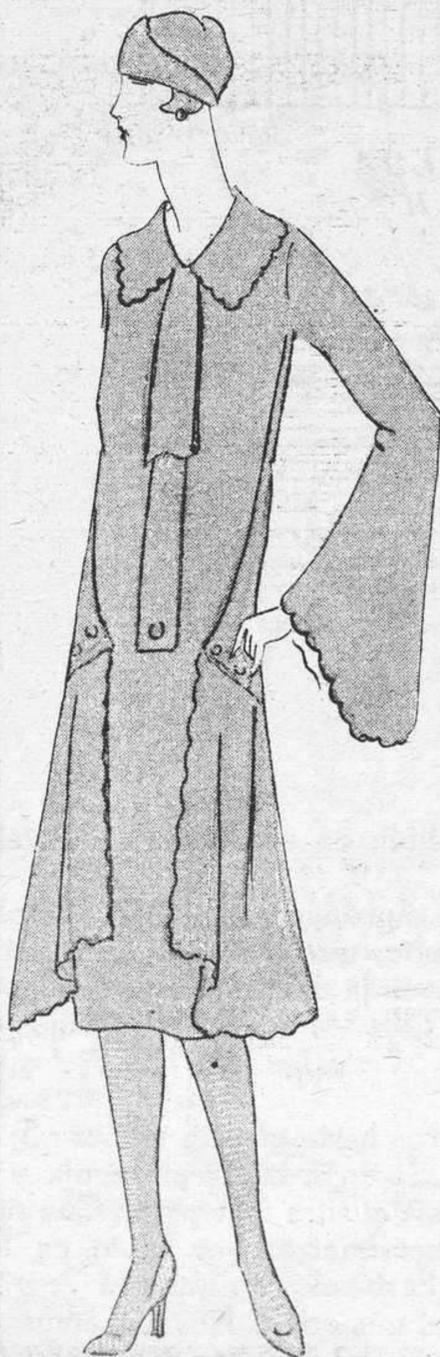
Las dos niñas que aparecen en esta página, arriba, están deliciosamente ataviadas. Una lleva un vestidito con canchones, de «crepe satin» blanco, bordado en rosa y gris. La otra, un vestido plisado de crespón de China rosa, ceñido al talle por un galón de plata, bordado en negro.



Vestido de «crepe Georgette» estampado, combinado con «crepe Georgette» liso. Una franja de raso negro y de plata, acentúa el movimiento cruzado, muy en boga en estos momentos. La línea de este traje es encantadora.

BECHOFF

En el teatro de las «Varietés», Mlle. Blanche Montel luce este lindo vestido de «crepe Georgette» malva pálido, sobriamente bordado en plata. Una corbata de cinta de plata figura que anuda el cuellecito redondo.



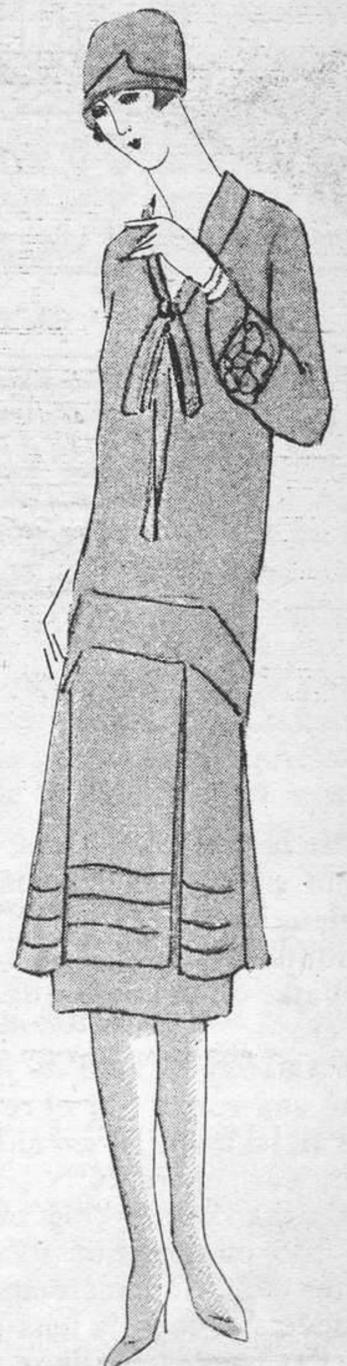
PHILIPPE ET GASTON

Gracioso vestido de primavera, de «kasha» gris, con un movimiento de túnica sumamente armonioso. Las mangas y el cuello van festoneados y bordeados con un vivo de crespón de China rosa.

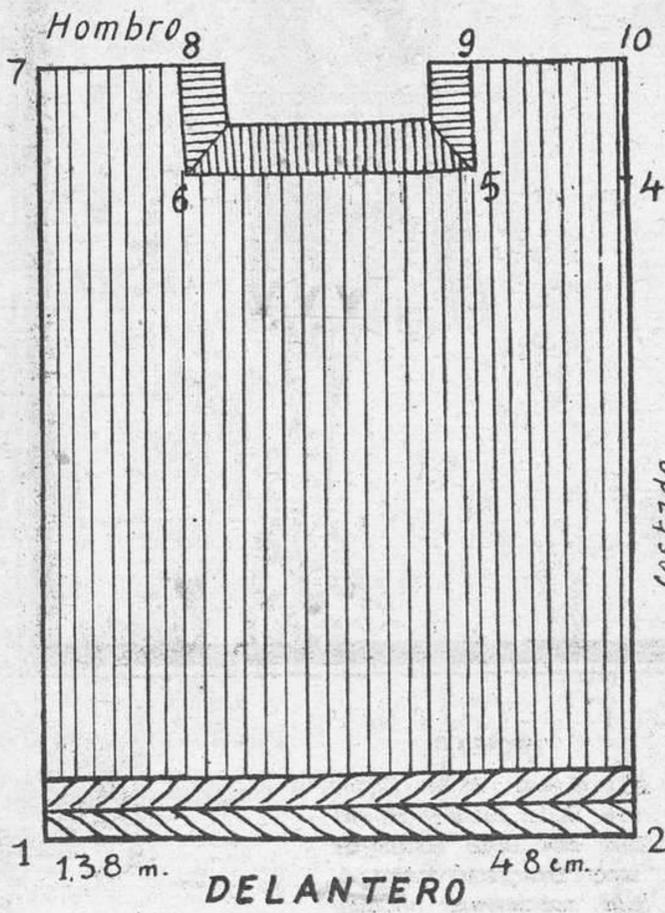
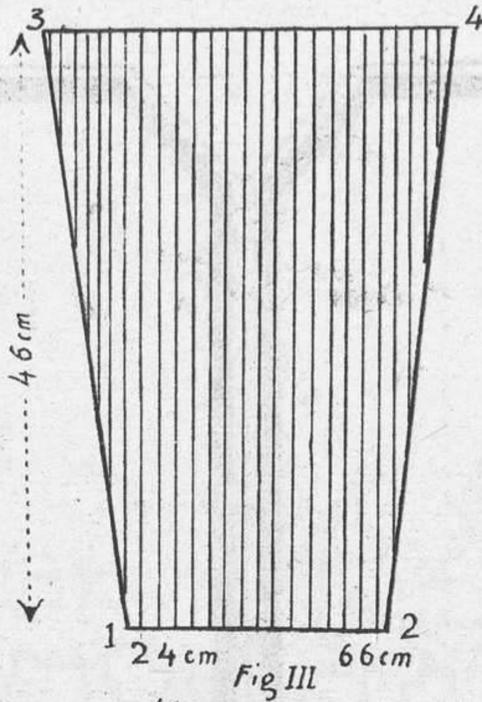


LUCIEN LELONG

Vestido de crespón «antars», rojo antiguo, con una franja aplicada, formando cintura. La túnica es a tablas huecas. Un bordado multicolor adorna las mangas en su parte más amplia.

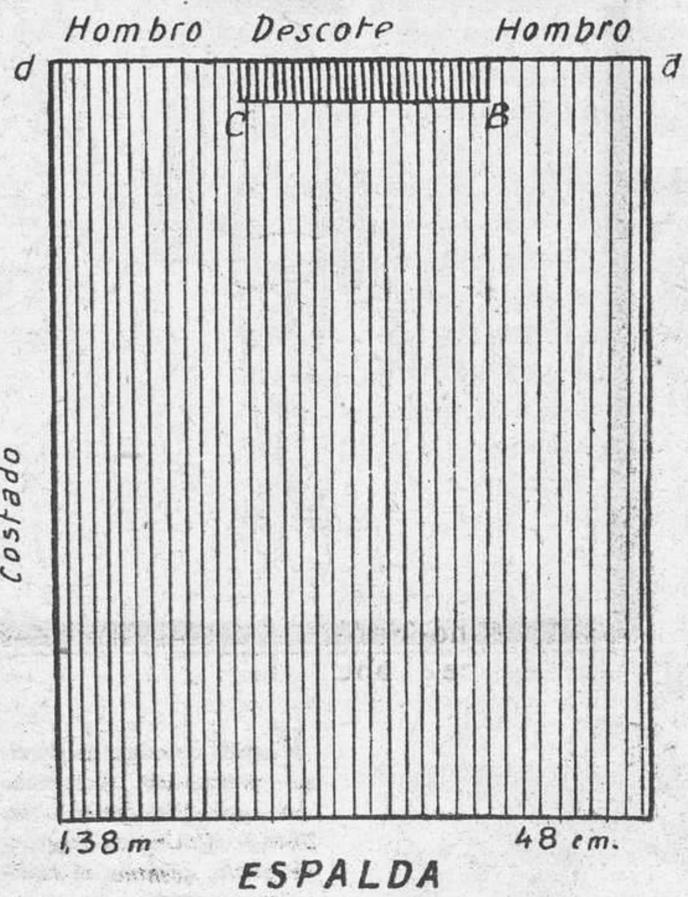


Blusa de punto



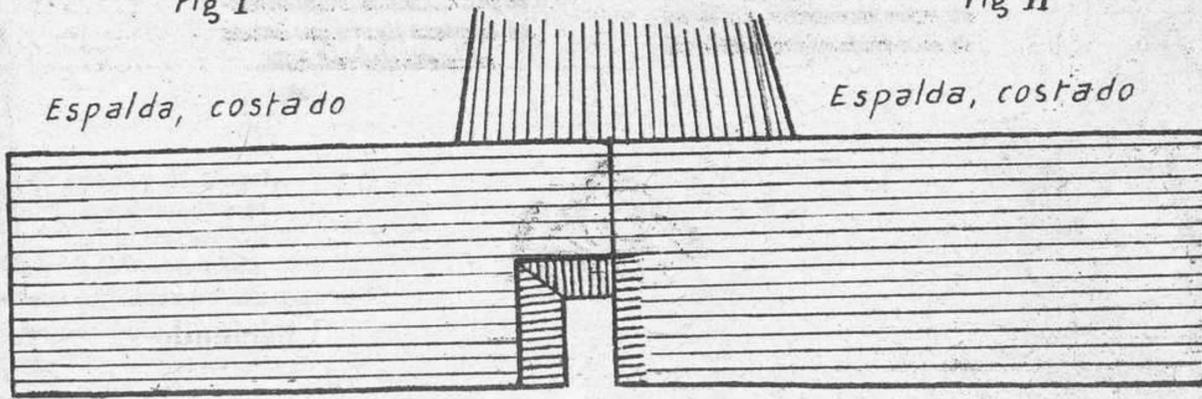
DELANTERO

Fig I



ESPALDA

Fig II



Linea central del delantero
sin costura

Linea central de la espalda
sin costura

PEGADURA

Fig IV

Materiales.—Lana céfiro, 250 gramos, dividida como sigue: 125 gramos de lana blanca y 125 gramos de lana verde jade, o 125 gramos de lana chinée para el fondo y 125 gramos de lana céfiro para los dibujos; 4 agujas de celuloide de 4 milímetros; una aguja de tapicero.

Puntos.—Punto de jersey (una vuelta por el derecho; una vuelta por el revés). La prenda se compone del delantero, la espalda y las mangas. Cada parte se hace por separado.

Delantero.—(Fig. núm. 1.) Se hacen con lana verde de 138 puntos, que dan un ancho de 48 centímetros (línea 1-2). Se hacen cuatro vueltas formando listas en relieve. Se coge la lana blanca y se hacen otras cuatro vueltas iguales. Se llega así al sitio número 3, que apa-

rece en la figura 1 y también en el dibujo de detalle (fig. 5).

Este dibujo de detalle reproduce un rombo completo y la mitad de otro rombo, que será fácil de repetir. En el ancho total de la prenda deben salir ocho motivos completos. Desde el sitio 3 se hacen los dibujos de rombos en una altura de 54 centímetros hasta el sitio número 4.

Se hacen 14 centímetros hasta el sitio número 5; se abandonan estos puntos. Se coge la tercera aguja y se hacen 20 centímetros, hasta el sitio número 6. Con otra aguja se hacen los 14 centímetros que faltan, en una altura de 5 centímetros hasta el sitio número 7, y se rematan los puntos en el número 8. Nos hallamos en este momento en el nivel del hombro izquierdo (li-



nea 7-8). Se cogen de nuevo los puntos y la aguja de la derecha y se termina el segundo hombro (línea 9-10).

Delantero del escote.—Trece puntos con lana blanca, siguiendo la línea 9-5 de la figura 1.

Se hacen, con el punto de listas en relieve, los 22 centímetros que corresponden al bajo del delantero del escote y hemos dejado en una aguja. Luego se cogen los trece puntos, siguiendo la línea 6-8. Se hacen todos los puntos que se tienen de listas en relieve, durante cuatro vueltas con lana verde, y tres vueltas con lana blanca. Para señalar los ángulos del escote, se disminuye un punto en cada ángulo y en cada vuelta. Al terminar la última vuelta, se rematan los cabos.

Espalda.—(Fig. 11.) 138 puntos con lana verde; cuatro vueltas con lana verde y cuatro vueltas con lana blanca de listas en relieve. Luego se hace 57 centímetros con rombos hasta el sitio *a*; 13 centímetros hasta el sitio *b*; 22 centímetros de listas en relieve con lana blanca, solamente, hasta el sitio *c*, y, por último, 13 centímetros hasta el sitio *d*, siguiendo el dibujo.

Se hace otra vuelta siguiendo el dibujo al nivel de los hombros. A la vuelta siguiente, se hace el ancho del

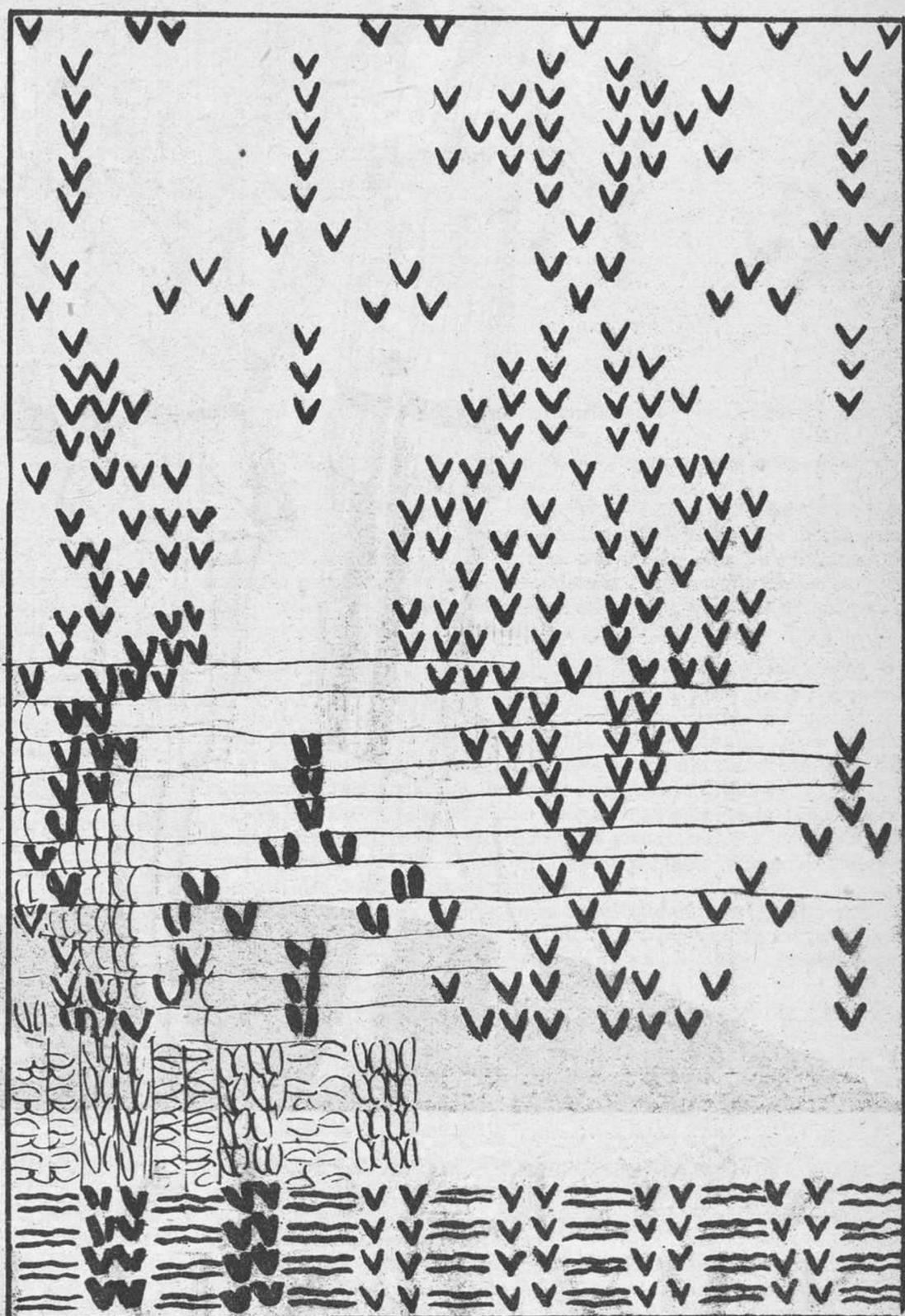


Fig V

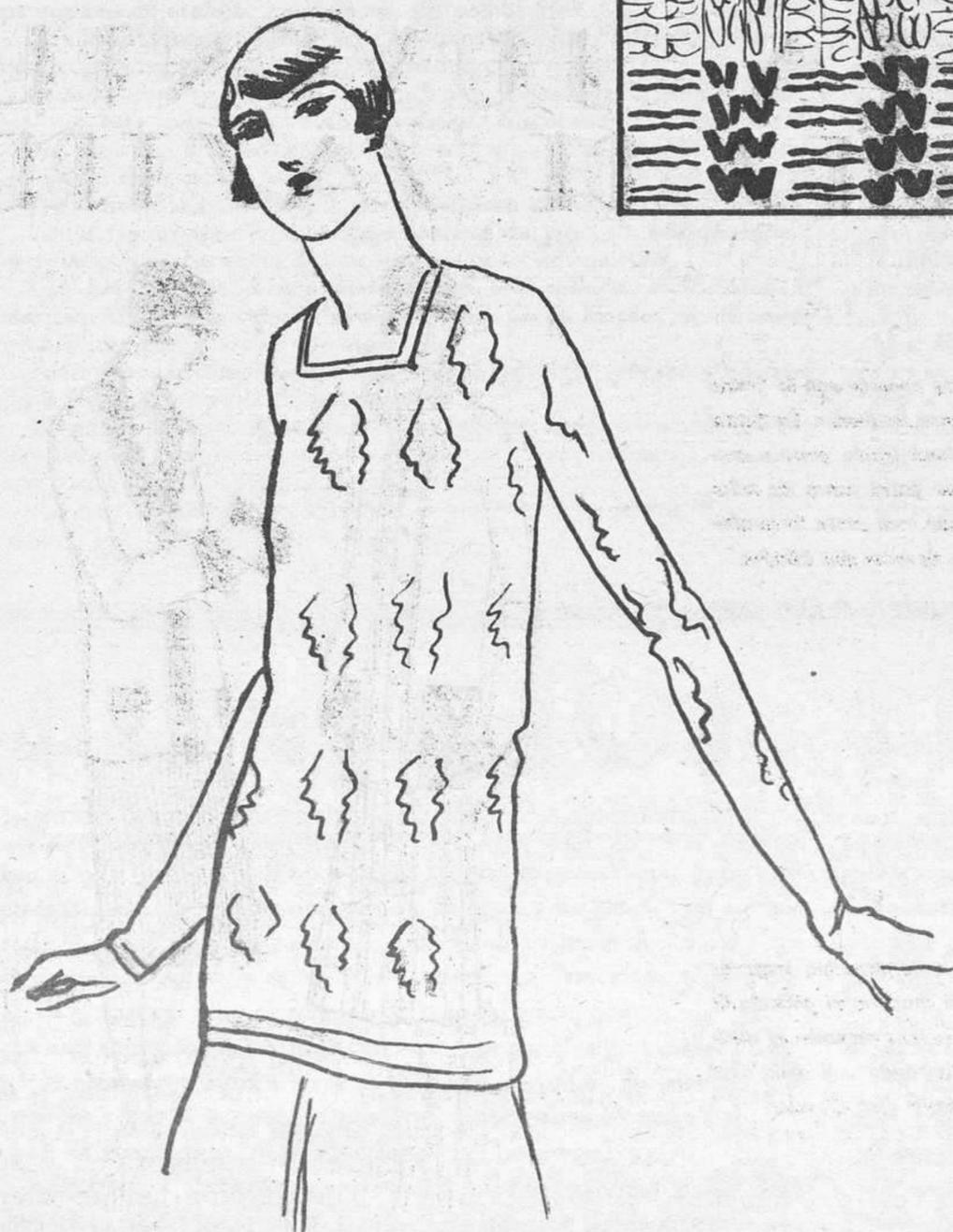
hombro, el escote y el segundo hombro. Para las tres vueltas siguientes, se sustituye la lana blanca por lana verde y se rematan los puntos.

Mangas.—(Fig. 3.) Se empieza por la línea 1-2 haciendo 66 puntos, que dan un ancho de 24 centímetros. Se hacen, respectivamente, las listas en relieve blancas y las verdes, en una altura de tres vueltas solamente. Luego, se hacen los dibujos a punto de jersey en una altura de 46 centímetros, aumentando, aproximadamente, un punto a la izquierda y uno a la derecha de la labor, cada cuatro vueltas, a fin de tener, al llegar al sitio 3-4, 88 puntos que den un ancho de 36 centímetros.

A medida que se van aumentando puntos, se sigue la regularidad del dibujo.

Pegadura.—(Fig. 4.) Se coloca el delantero sobre la espalda, y se hacen las costuras de los hombros.

Se coloca la línea central del ancho de la parte superior de las mangas —sitio X— en el extremo de las líneas de los hombros, y se cose a repulgo por el revés. Luego se dobla la prenda en dos, por el revés, y se hacen las costuras de debajo de las mangas y de debajo de los brazos.





LA GRACIA JUVENIL EN LOS TRAJES DE SASTRE

Arriba, a la izquierda, un traje de primavera, de lanilla listada, en «beige» y castaño. El cuello, la cintura y los puños son de color castaño.

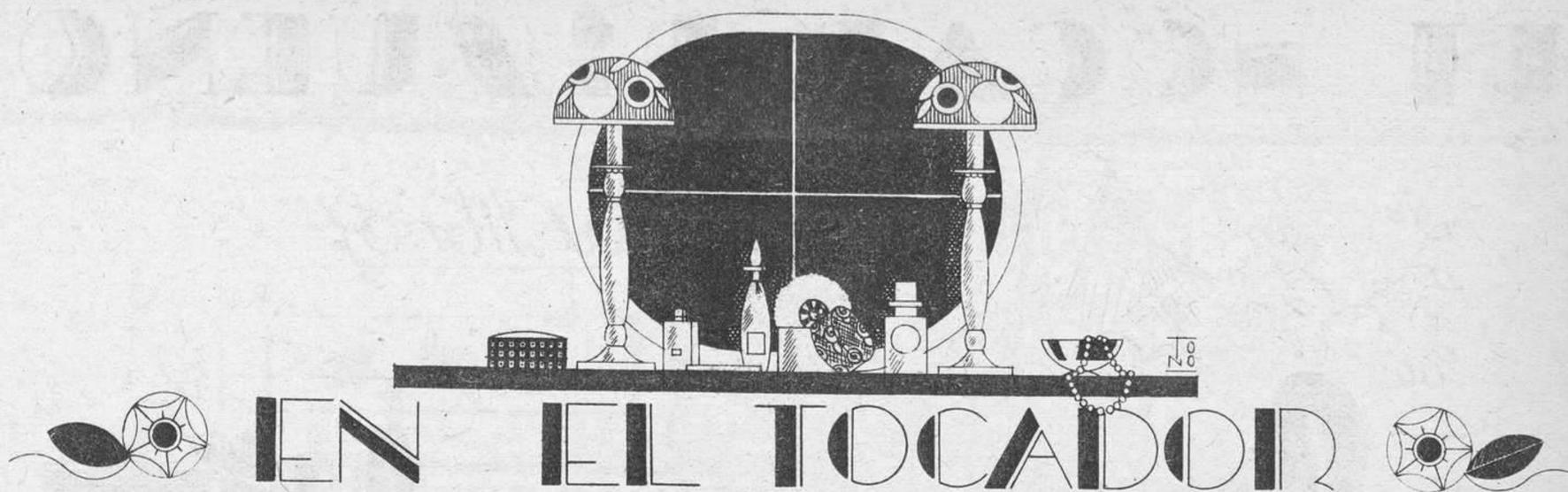
Trajecito escoces con la levita ligeramente en forma. La falda es del mismo tejido, pero a cuadros. Los fabricantes de telas han ideado, con éxito, la combinación de estos dos dibujos.

La levita larga, con canelones postizos, resulta encantadora para una muchacha alta y esbelta. Se llevarán mucho la primavera próxima los tonos gris y palo de rosa.

Abajo, a la izquierda, falda plisada «beige», con listas en marrón; abrigo corto de «kasha», bolsillo bordado con lana marrón.

Abajo, a la derecha, traje de reps azul marino; el plisado de la falda es muy menudo; el abrigo está bordado con seda azul marino y azul «France».





LOS OJOS

Contra el enrojecimiento y la congestión de los ojos.—Los cuidados de los ojos son completamente diferentes a los del resto de la cara. No deben tocarse con paño alguno, e importa preservarlos del contacto del agua de tocador, del jabón y de los productos corrientemente empleados para el cuidado de la belleza.

Es esencialísimo preocuparse de la higiene, y os aconsejo que, para lavarlos los ojos, utilizéis un poco de algodón hidrófilo aséptico, empapado en agua hervida o en agua destilada de rosas; el algodón se pasa ligeramente por los párpados y por los ángulos de las órbitas.

Puede decirse que el agua de rosas es un específico contra la fatiga de los ojos. Se recomienda igualmente el agua de aciano, el agua de llantén, el agua de meliloto y el agua de manzanilla. Pero debe tenerse gran cuidado de usar estas aguas completamente puras, es decir, libres de todos los residuos de la planta y filtradas.

Cuando los ojos están enrojecidos y como irritados, deben lavarse con frecuencia con agua boricada, en la proporción de una cucharada de ácido bórico en un vaso de agua. Esta agua se emplea tibia y, en caso necesario, se deja sobre el ojo —sujeto con una venda— un fomento de gasa aséptica o de algodón hidrófilo, empapado en agua boricada.

Para evitar la congestión de los ojos, debe trabajarse únicamente en habitaciones muy claras, y a la luz del día. La luz artificial, particularmente la luz eléctrica, fatiga y congestiona rápidamente los ojos.

No debe abusarse de la vista, ni debe temerse llevar, a pleno sol, gafas de color, que evitan a los ojos el sufrimiento causado por la blancura de las carreteras, la refracción de la luz en el agua, etcétera, etc. Aconsejo los cristales amarillo —marrón, que tienen la propiedad de atenuar los colores, sin cambiarlos.

Tan pronto como se note la vista cansada, debe consultarse a un oculista y elegir los cristales adecuados para el caso.

Contra la inflamación de los párpados, aconsejo el agua de murajes, y si esta inflamación está complicada con orzuelos deben lavarse los ojos dos o tres veces al día con la siguiente solución, que se empleará templada:

Agua destilada hervida, 1 litro. Cianuro de hidrargiro, 0 gr. 10.

Los antiguos aconsejaban cataplasmas de jugo de adormideras, mezclado con una yema de huevo y un poco de azafrán.

Las hojas de mejorana machacadas con cebada, añadiéndoles mantequilla fresca, servían también para hacer emplastos eficaces contra la inflamación de los ojos.

Asimismo, se emplea el huevo crudo, mezclado con aceite rosado o lociones de agua de borrajas.

Contra la hinchazón de los párpados.—Cuando se tienen los párpados hinchados, se recomienda especialmente los masajes suaves con la siguiente composición:

Aceite de ricino, 5 gr. Vaselina, 5 gr. Aceite de olivas, 5 gr. Tainino, 0 gr. 50. Acido gálico, 0 gr. 50.

Antes de darse el masaje en el contorno del ojo, se lava con agua de aciano.

La leche de higueras, el agua de lechuga son excelentes para evitar la hinchazón de los párpados.

Cuando no se ha dormido bastante, o cuando la digestión ha sido defectuosa, los ojos se hinchan con facilidad. Conviene cenar ligeramente. Las bolsas que se forman debajo de los ojos son, con frecuencia, manifestaciones de artrismo; deben vigilarse los intestinos y evitar todas las bebidas alcohólicas; para estos casos, el régimen vegetariano es sumamente saludable.

Para borrar las arrugas de los ojos y la pata de gallo.—Dada la especialísima delicadeza de los ojos, los masajes deben llevarse a cabo con una extraordinaria circunspección.

Sin embargo, el masaje es el único método práctico para combatir el desarrollo de las arruguitas que nacen alrededor del ojo, por la incesante actividad de los músculos de este órgano.

Para dar estos masajes debe utilizarse solamente la yema de los dedos; se untan con un cuerpo graso y suavizador y se pasan muy ligeramente alrededor de los ojos. Estos masajes deben hacerse dos veces al día durante cinco minutos.

Pero no debe uno confiar en la infalibilidad del tratamiento. Si se quiere evitar la rápida invasión de las arrugas de los ojos, conviene no fatigar la vista y preservarla de una labor excesivamente activa o anormal.

La estancia prolongada al sol, que exige un perpetuo parpadeo, la atención sostenida para vislumbrar objetos lejanos, la lectura de libros mal impresos, o impresos con tipos demasiado pequeños, las veladas pasadas en los teatros, en salas insuficientemente alumbradas, son otras tantas circunstancias temibles para la conservación y la belleza de los ojos.

Contra las ojeras.—Las ojeras suelen provenir de la fatiga o de trasnochar. Por consiguiente, el primer recurso ha de consistir en una modificación del régimen de vida, del que se alejarán las ocasiones de fatiga excesiva.

Como complemento a las medidas generales, os recomiendo la aplicación de cataplasmas de llantén y los untos de aceite de mirto.

Las lociones de manzanilla producen excelentes resultados, así como las aplicaciones de malva y los lavados con agua de lechuga.

También se aconseja darse por las noches, después del lavado, un poco de vaselina o de lanolina en la parte de abajo del párpado inferior.

Una de las mejores recetas para hacer que desaparezcan las ojeras es la siguiente:

Agua destilada, 500 gramos. Romero, 30.

Se dejan macerar durante quince días, y luego se añade:

Agua de rosas, 15 gramos. Aguardiente, 15.

Se hacen por la mañana y por la noche lavados con algodón hidrófilo, mojado en este preparado.

M. R.

CONSEJOS

PRÁCTICOS

Para limpiar los cuellos de los trajes.—Los cuellos son la parte de los trajes o abrigos que antes se ensucia; para limpiarlos, debe emplearse una mezcla de agua y de alcalí: una cucharada de alcalí en un litro de agua. Se frota un trozo del cuello —no el cuello entero, para evitar una evaporación demasiado rápida del alcalí— con un paño empapado en esta solución. Se produce entonces una espuma que se quita con un corta papeles de madera. Luego se aclara con agua tibia y se seca con un paño. Se plancha por el revés y por el derecho, cuidando de interponer un paño fino.

De la misma manera pueden limpiarse las bocamangas.

Limpieza y conservación de los tejidos y de las mantas de lana.—Las mantas de lana, que tan fácilmente absorben el polvo, deben limpiarse con cierta frecuencia. Esta limpie-

za puede llevarse a cabo en casa, cuando no se puede o no se quiere recurrir al tinte. He aquí un procedimiento excelente:

Se prepara una cubeta con agua jabonosa tibia, a la que se añaden 500 gr. de borato de sosa por cada 10 litros; se deja en remojo la manta durante cinco horas.

Luego se frota y se aclara dos o tres veces —más, si es preciso— en agua clara templada.

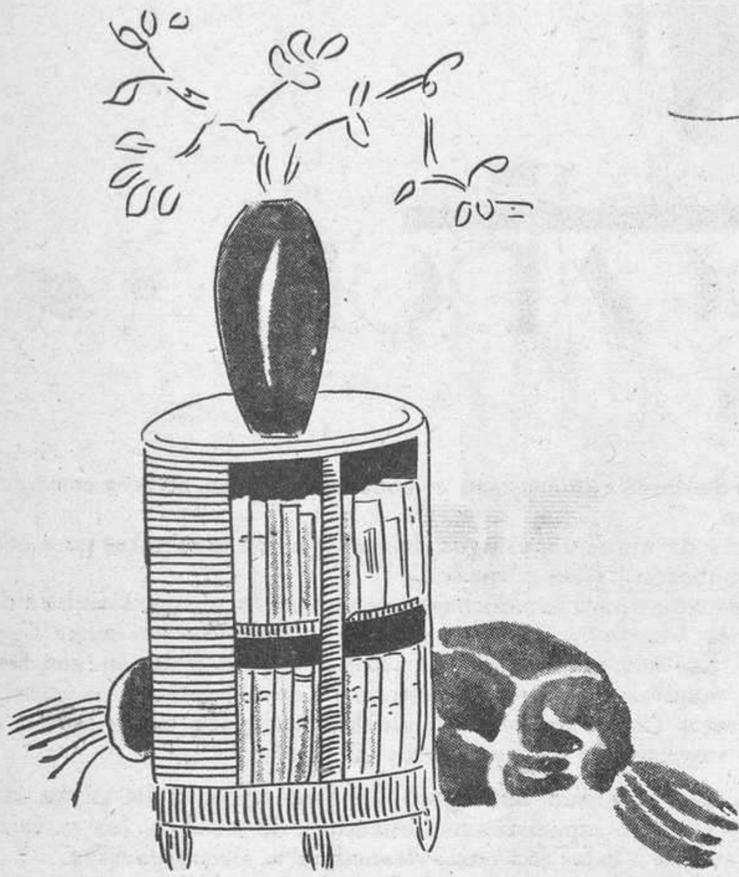
Por último, sin retorcerla, se tiende en un lugar seco, pero sin calefacción.

También puede emplearse este otro procedimiento:

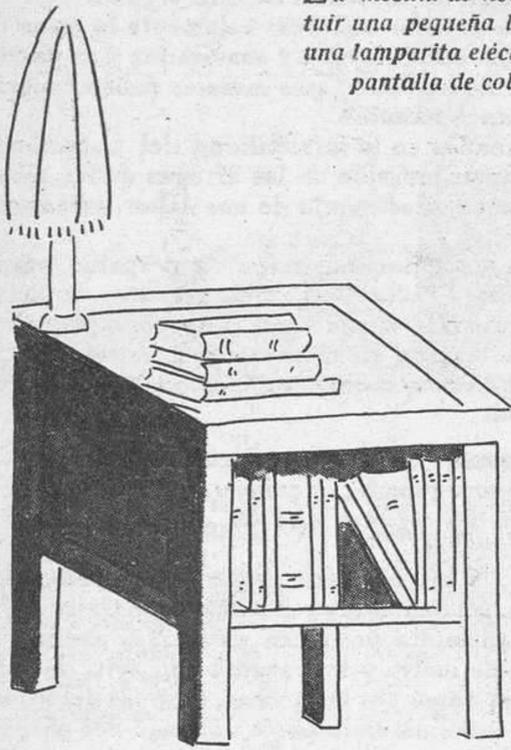
Se echa en una cubeta de agua un vaso de aguarrás, se agita y se deja la manta dentro durante veinte minutos. Se frota suavemente, se retira y se deja secar.

EL HOCAR RÍSUENO

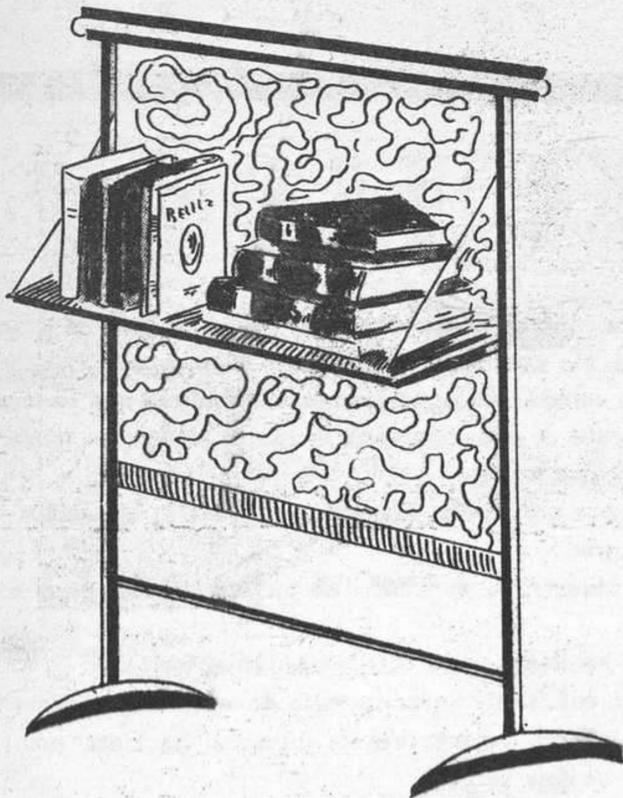
Para los libros



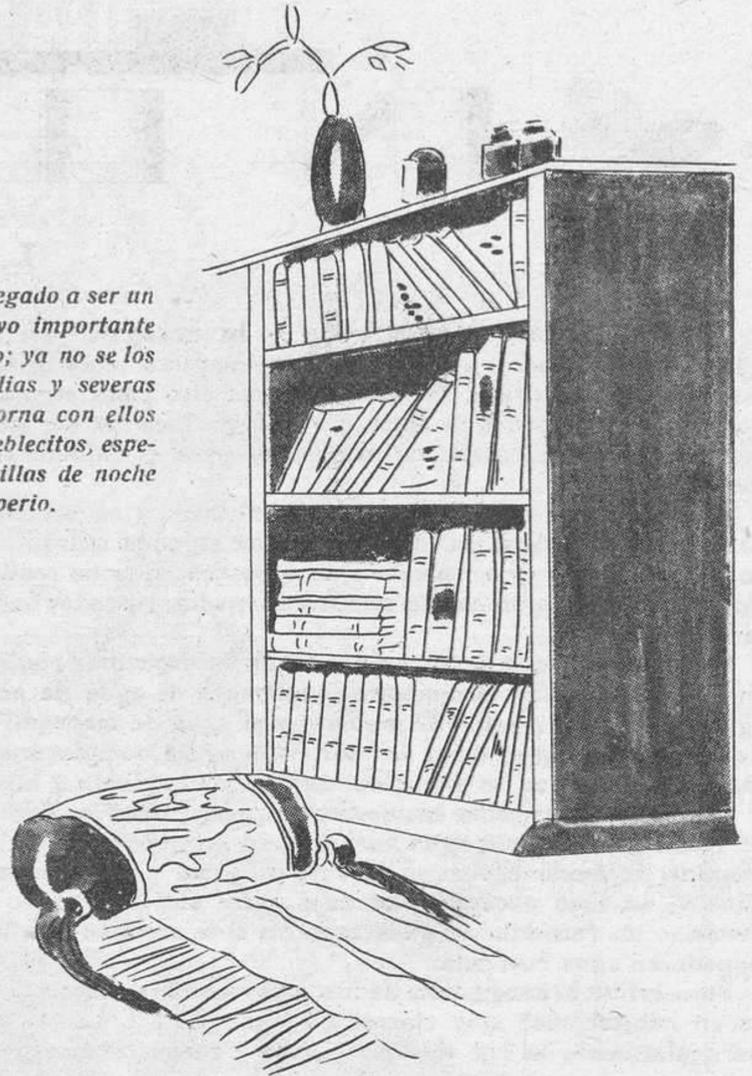
La mesilla de noche rústica puede constituir una pequeña librería. Se coloca encima una lamparita eléctrica, de madera, con una pantalla de color vivo o a cuadros.



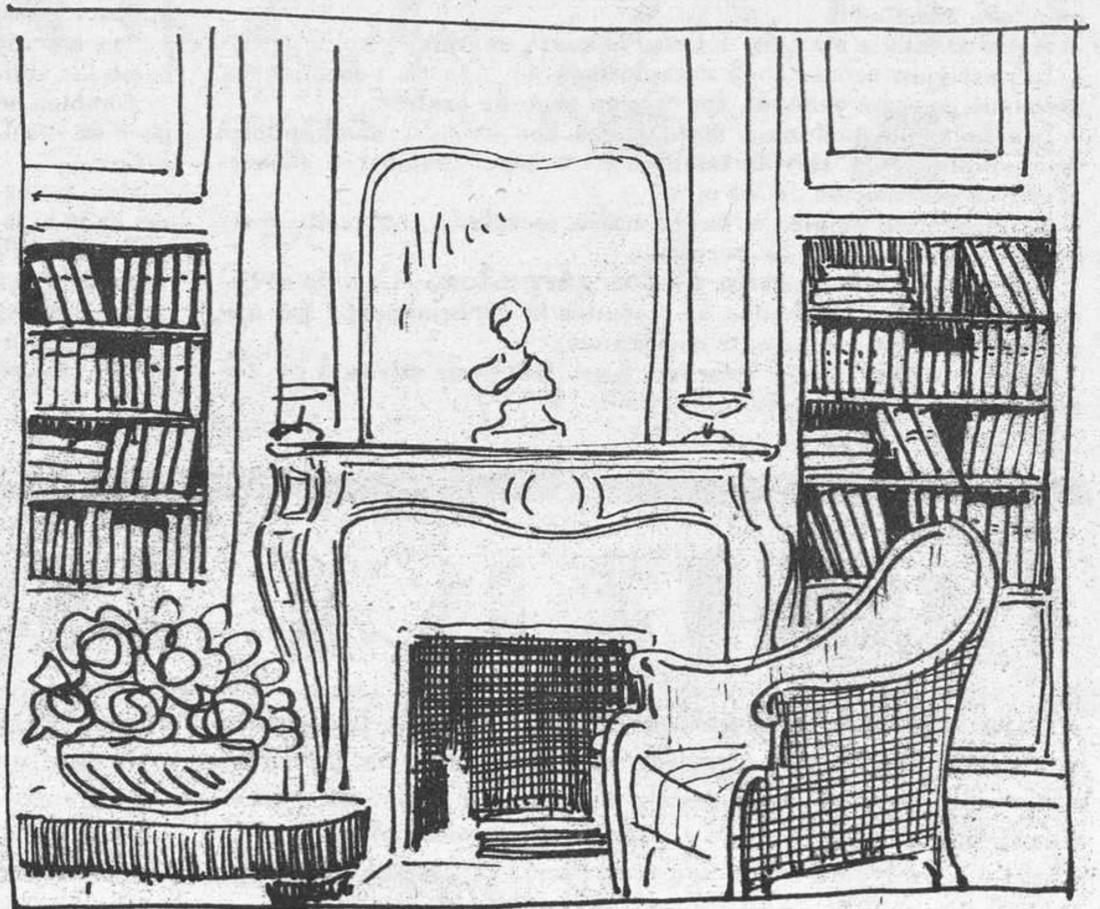
A la pequeña mampara que se coloca ante la chimenea, se adapta una cornisa, en la que se colocan los libros antiguos encuadernados en piel. Debe evitarse cargar demasiado tan frágil sostén.



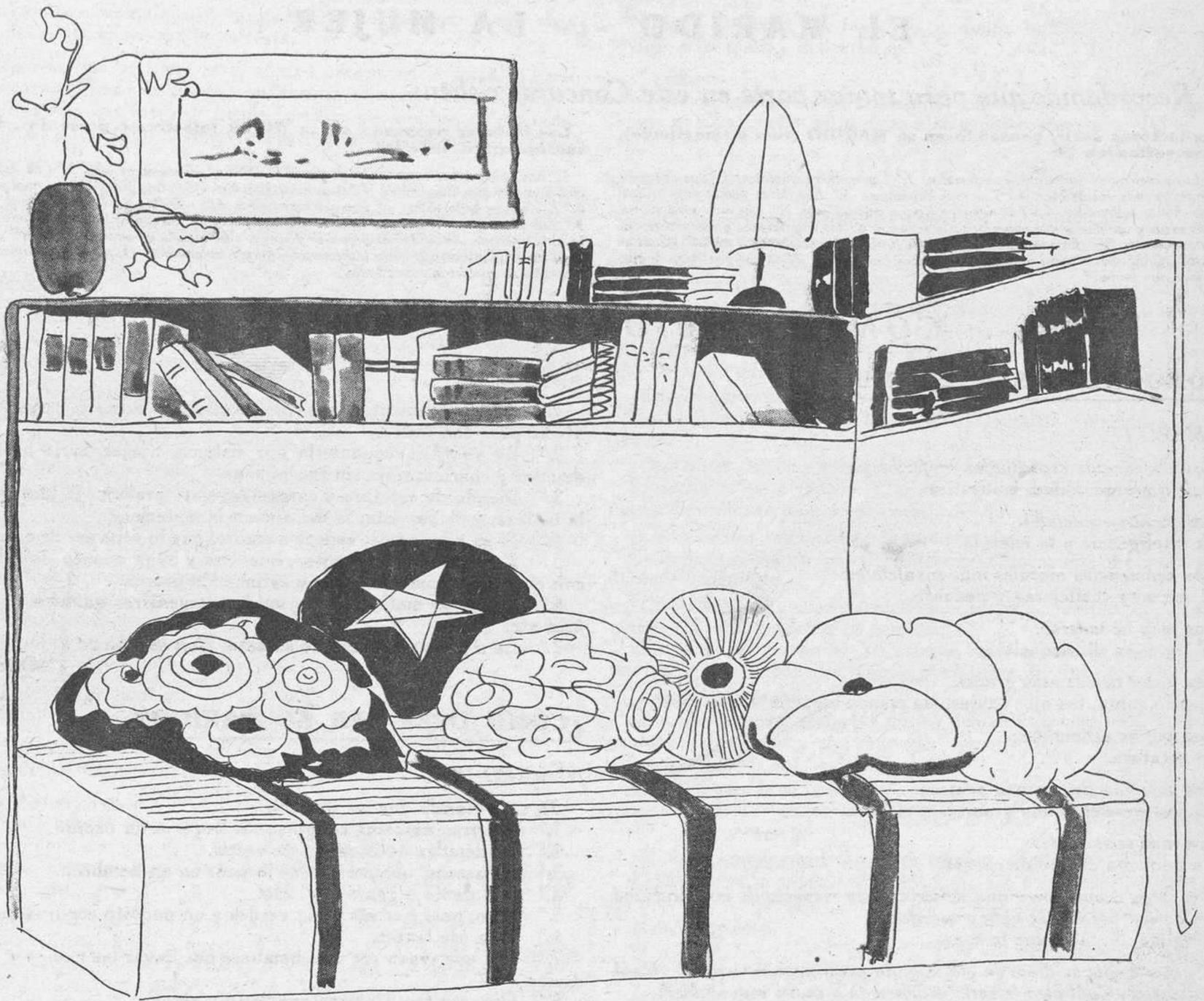
Los libros han llegado a ser un elemento decorativo importante en el arte moderno; ya no se los encierra en amplias y severas bibliotecas; se adorna con ellos toda clase de mueblecitos, especialmente las mesillas de noche estilo Imperio.



Una librería baja siempre resultará oportuna en el ángulo de un «studio»; se puede mandar hacer de madera blanca; luego, se pinta con nogalina y, por último, se le da cera. En un interior moderno, se pueden pintar los muebles con pintura esmalte, en un tono claro, o con laca negra.



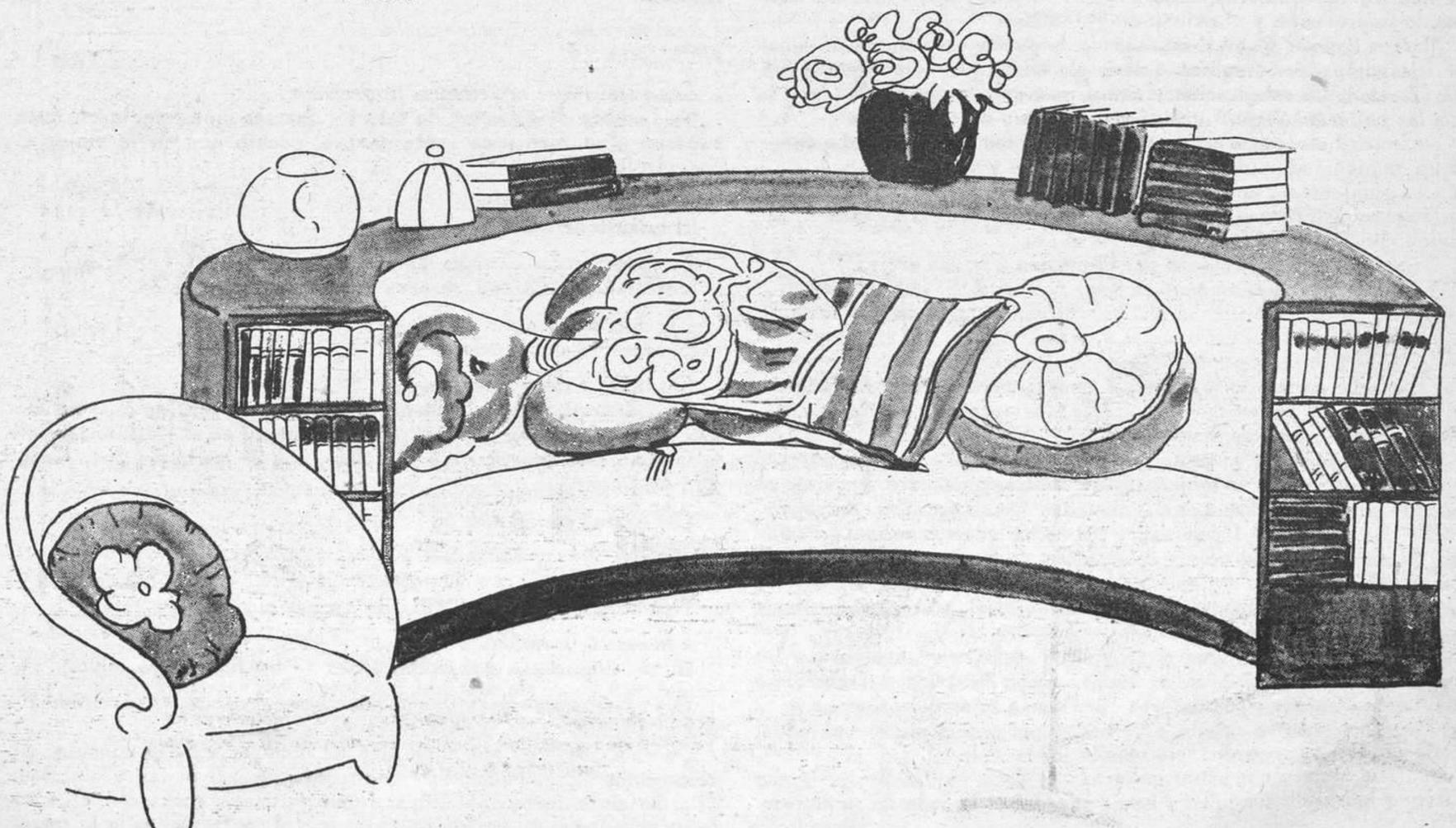
A los lados de la chimenea, los libros, colocados en dos bibliotecas bajas, producen un efecto encantador. ¡Cuántos armarios de pared han sido utilizados de este modo!



En la pared, sobre una mesa o un «secrétaire», un pequeño estante para libros resulta sumamente práctico. Se colocan en él los libros usuales, la agenda que se utiliza a diario, los autores predilectos.

Un diván angular es siempre un mueble íntimo y acogedor. Al adjunto modelo acompaña una cornisa, en la que pueden alternar los libros con los retratos y con «bibelots».

Más estético que el anterior, el diván circular se coloca en una habitación que forme chaflán. En los extremos, pueden hacerse las pequeñas bibliotecas; el mismo efecto puede realizarse con un diván rectangular.



EL MARIDO :- LA MUJER

Recordamos que para tomar parte en este Concurso deben:

Las lectoras decir, pensando en su MARIDO (real o imaginado), cuáles serían en él:

1.º Las excelencias espirituales preferibles. 2.º Las menos esenciales. 3.º Las deficiencias morales más insufribles. 4.º Las más llevaderas. 5.º Las dotes físicas más gratas. 6.º Las menos estimables. 7.º Los defectos físicos más odiosos. 8.º Los más soportables. 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente. 10.º ¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable? 11.º ¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Los lectores pensando en su MUJER (efectiva o presunta), decir cuáles serían en ella:

1.º Las excelencias espirituales preferibles. 2.º Las menos esenciales. 3.º Las deficiencias morales más insufribles. 4.º Las más llevaderas. 5.º Las dotes físicas más gratas. 6.º Las menos estimables. 7.º Los defectos físicos más odiosos. 8.º Los más soportables. 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente. 10.º ¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál es el caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable? 11.º ¿Qué conocimientos y aptitudes le gustaría más en ella?

CONTESTACIONES RECIBIDAS

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

NÚMERO 17

Las excelencias espirituales preferibles:
Dulzura, ingenuidad, modestia.

Las menos esenciales:
La inteligencia y la energía.

Las deficiencias morales más insufribles:
El ser muy «callejera» y pedante.

Las más llevaderas:
El ser algo «lloriconcita».

Las dotes físicas más gratas:
El pelo rubio, los ojos azules, las manos blancas, el pie chico.

Las menos estimables:
La estatura.

Los defectos físicos más odiosos:
La piel grasienta, los granitos y el bozo.

Los más soportables:
Un pequeño exceso de carnes.

Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:
Ninguna. Ni falta que le hace.

¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable?
Que sea bien educada; pero que no pertenezca a familia rica, a fin de debérmelo a mí todo.

¿Qué conocimientos y aptitudes le gustaría más en ella?
Las de la cocina y la costura.

TODO UN HOMBRE.

NÚMERO 18

Bondad, alegría, buen humor, sinceridad y resignación cristiana son, a mi juicio, las excelencias espirituales preferibles en una mujer. Apreciaría menos una extensa cultura, y como más insufribles, la mentira, las «mujeres sabias» y las «marimachos». Más llevaderas, la imprevisión y el delirio de grandezas.

¿Dotes físicas? Rubias, morenas o trigueñas..., a mí me da igual (a excepción de las rubias químicas); elegante y distinguida con naturalidad, sin ostentación. Bonita, mas por simpatía. Me molestan las bellezas inexpresivas de relumbrón o de escarapate.

Defectos físicos más odiosos, los originados por suciedad o abandono; manos mal cuidadas, tobillos gruesos y dientes...

Conocimientos y aptitudes propios de la mujer que piensa fundar un hogar y aspira a ser madre. Ideas y costumbres cristianas en relación con los tiempos actuales.

Conocimientos y aficiones por la música y bellas artes.
Y, por último, que no supiera bailar ni conducir automóviles.

EL CABALLERO DE LA ROSA.

NÚMERO 19

1.º Debe existir en la mujer el amor hacia los pájaros, las flores y los niños. La mujer que, en efecto, los respeta y los quiere, demuestra un elevado espíritu.

2.º La ambición, pues si en el hombre resulta un gran acicate para el progreso, en la mujer resulta contraproducente, llevando al marido hacia empresas que su capacidad hace imposible conseguir.

3.º La condición física mejor de la mujer es la salud. En cambio la menos esencial opino, con perdón de las hermosas, que es la belleza, pues contribuye más bien a darla un carácter altanero y fatuo. (Esto, señores, no quiere decir que el prototipo de mujer haya de ser precisamente un adefesio.)

4.º La mujer del hogar, la mujer que idolatra a sus hijos y a los suyos, la mujer amante de su esposo, debe mostrarse refractaria a ciertas tendencias y costumbres que llaman hijas del progreso.

5.º En la esposa amada, no en la mujer generalmente hablando, toda acentuada preeminencia resulta indeseable.

6.º La mujer debe saber gobernar la casa, cuidar del progreso físico y moral de sus hijos y hacer agradable la vida de su marido

PETRUS.

NÚMERO 20

1.º Algo sentimental, sin romanticismos; cariñosa, caritativa y afable para con todos.

2.º La vanidad, coquetería por sistema, holgazanería hasta la dejadez y charlatanería sin ton ni son.

3.º Siendo de estatura y carnes regular, prefiero la simpatía a la belleza, y de ser ésta, la del alma a la material.

4.º Si es hija, novia, esposa o madre, que lo sepa ser de corazón.

5.º Fuera de la «melenita», que crea y haga cuanto esté bien, con el respeto, consideración y estimación propia.

6.º La de ser madre. La de médica, ingeniera, química, concejala, etc.

7.º La música y labores de su sexo. Con eso, basta

OGRO.

¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 18

Tipo de marido que me gustaría:

1.º Un gran corazón, religioso sin llegar a ser beato.

2.º La dejadez en su modo de vestir.

3.º La pereza, que me parece lo peor en un hombre.

4.º Mal genio o genio violento.

5.º Alto, pelo castaño, ojos verdes y un poquito encorvado.

6.º Que use lentes.

7.º Los que creen ser más hombres por llevar las manos y uñas sucias.

8.º Que sea feo, siempre que sea simpático.

9.º Que a la que sea su esposa la trate como tal, y no como a una esclava; que la mire como al ángel de su hogar, y, por lo tanto, tenga entera confianza en ella. Que no sea de este siglo (en ideas) y no le gusten ni los toros, ni el fútbol, y sea muy amante de su familia y enemigo de casinos y cafés.

10.º Me gustaría fuese un gran político conocido como hombre listo y honrado, nunca como un charlatán fanteche.

11.º Me sería indeseable fuera célebre como socialista.

12.º Me gustaría fuese abogado con un gran bufete. Y me disgustaría fuera dependiente del Estado por muy elevado cargo que tuviera.

EL-Y-YO.

NÚMERO 19

Las excelencias espirituales preferibles:

Un hombre de carácter, de talento, que sea moralmente en todo superior a mí, menos en sentimientos, puesto que en la mujer el corazón lo es todo.

Las menos esenciales:

El talento artístico.

Las deficiencias morales más insufribles:

Indiferencia, frialdad, reserva y falta de comprensión.

Las más llevaderas:

El excesivo amor propio.

Las dotes físicas más gratas:

Alto, delgado —muy hombre—. ¿Moreno o rubio? Me da igual. De una educación esmeradísima, particularmente en el trato íntimo de la familia, esto constituye, a mi juicio, una de las bases de la felicidad del hogar.

Las menos esenciales:

La belleza.

Los defectos físicos más odiosos:

Tipo basto, obesidad y falta de aseo personal.

Los más soportables:

No me importaría que usase lentes ni que fuese algo calvo.

Las ideas y opiniones que debiera tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:

Desearía tuviese una alta idea de la mujer a quien considerara como compañera, haciéndola confidente de sus penas y alegrías. Que su amor fuese noble, desinteresado, leal y constante. Que no fuese un hombre de casino, sino que, por el contrario, nada le resul-



tase tan agradable como la vida del hogar. Eso no obstante, si por su rango o por cualquier otra circunstancia tuviese que hacer vida de sociedad, tampoco me importaría.

¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?

Me bastaría que fuese de buena familia, un hombre de carrera, trabajador y que todo lo debiera a sus propios esfuerzos.

¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Militar y HÉROE..., ¡¡qué orgullo para mí!... Pero reconociendo que esta carrera encierra grandes inconvenientes, tengo la seguridad de que, no siendo médico, cualquiera me satisfaría.

MARÍA ILUSIONES.

NÚMERO 20

Las excelencias espirituales preferibles:

Un amor hacia mí que le hiciese comprender el fondo de mi alma; un cariño que fuese algo del del padre y del maestro.

Las menos esenciales:

La tolerancia para todos mis caprichos. Antes quisiera supiese imponerme su voluntad en ocasiones.

Las deficiencias morales más insufribles:

Las que tendiesen a alejarle de mí.

Las más llevaderas:

Los celos, sin exageración.

Las dotes físicas más gratas:

Me entusiasmaría fuese alto, fuerte, musculoso y ágil; que tuviese una dentadura sana y limpia, una fisonomía atrayente y simpática, perfectamente varonil, que diese la sensación de ser —como yo le quisiera— «todo un hombre».

Las menos estimables:

El color de sus ojos, piel y cabello.

Los defectos físicos más odiosos:

Una dentadura descuidada y sucia.

Los más soportables:

Siempre que no fuese una desgracia que le hiciese compadecer o burlar, soportaría una nariz larguita (yo no soy chatilla), unos ojos chiquitos (los míos son en compensación bastante grandes), y unos labios un poco gruesos.

Ideas y opiniones que deberá tener de la vida presente:

Que amase el hogar y que para él fuese éste su lugar de descanso y de recreo, donde se hallase más a su gusto y donde encontrara a mi lado sus más dulces y caros afectos; que sin ser mundano, fuese sociable con todo el mundo; que tuviese pocos y buenos amigos, y que fuese partidario de toda idea de progreso, cultura y moralización, contribuyendo a ello con su corazón y su inteligencia.

¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social?

No; creo que la gloria o la admiración me arrebatarían parte de su cariño. Quisiera vivir muy bien, pero sin notoriedad. Un paraíso chiquitín, pero sólo para los dos.

¿Qué profesión le gustaría en él?

Una carrera, fuese cual fuese; y que a veces también pudiese dejar traslucir en su alma algo de poeta, de pintor o de músico. ¡Pero sólo para mí!

UNA MUJERCITA... MUY MUJER.

NÚMERO 21

Las excelencias espirituales más deseadas:

Para mí son la lealtad, la dulzura, la generosidad y la benevolencia.

Las menos esenciales:

Ingenio, extensa cultura.

Deficiencias morales más insufribles:

Crueldad y materialidad en cualquier orden de la vida, y que sea lo que llaman un hombre «golfo».

Otras más llevaderas:

El orgullo y la seriedad.

Dotes físicas más gratas:

Ni alto ni bajo, fuerte sin ser grueso, moreno de pelo y piel, y con un poco de bigote y dientes muy blancos.

Otras menos estimables:

El pelo rizado y las manos exageradamente bonitas.

Defecto físico más odioso:

Los hombres excesivamente guapos, tanto que se les pueda confundir con una mujer, y si además tienen la voz afeminada...

Otros más soportables:

Que sea feo.

Ideas:

Nobles; que tuviese del hogar y la familia un concepto alegre, y al mismo tiempo respetuoso, y capaz, por los suyos, de llegar hasta el sacrificio, y de la vida moderna tuviera sencillamente mal concepto, pues así sería más mío.

Preeminencia:

No me importaría que fuese de condición humilde, siempre que tuviese educación y delicadezas.

Profesión:

No sé; me gustaría muy trabajador; un hombre que todo cuanto tenga, poco o mucho, se lo deba a su propio esfuerzo.

M. MADRID.

NÚMERO 22

¿Qué excelencias espirituales estimaría en mi marido?

En esta materia dicen que soy exigente, pero yo creo que no es difícil hallar un hombre que tenga las cualidades que yo prefiero. Lo más necesario, que sea muy educado; porque creo que es la base de toda armonía en un matrimonio. Que sea sutil y delicado; que mire a su mujer, y a las mujeres en general, como algo muy frágil; que tenga una sensibilidad muy grande, espíritu de artista y que sea muy refinado para quererme. ¡Ah! Que sea creyente.

¿Cuáles apreciaría menos?

No sé; porque teniendo las indicadas, podría prescindir de las demás.

¿Qué dotes físicas prefiero?

En éstas no exijo mucho. Que sea muy limpio; que tenga *chic* buena dentadura y que no sea más bajo que yo.

¿De cuáles no me importaría que careciese?

La belleza física no me importaría gran cosa; que me sea agradable es suficiente.

¿Qué ideas me gustaría que tuviese sobre la familia, la sociedad y sobre la vida moderna en general?

Que le guste mucho el hogar; que todo le parezca poco para su familia, y que no conciba ningún goce fuera de ella.

¿Sobre la sociedad?

Que defienda los defectos de los demás y compadezca al delincuente.

¿Sobre la vida moderna?

Que le guste la vida moderna, pero abomine de los hombres afeinados y de las mujeres hombrunas; que huya de los centros de vicio y degeneración.

¿Qué preeminencia social preferiría que se diese en él?

El talento suficiente para poder vivir sin enemigos y bien visto de todos.

¿Qué profesión?

Una donde gane lo suficiente para vivir con comodidad y tenga una posición social regular.

¿No les parece a los lectores de MUJER que no soy exigente?

ALMA ESPAÑOLA.

NÚMERO 23

Excelencias espirituales preferibles:

Buen corazón, lealtad y buena cultura. Inteligencia.

Las menos esenciales:

Romanticismo.

Deficiencias morales insufribles:

Suciedad, falta de educación, doblez, ordinariez, crueldad.

Las más llevaderas:

Brusquedad, orgullo y desorden.

Dotes físicas más gratas:

Piel morena, boca de labios gruesos, nariz graciosa nunca correcta, ojos dulces grandes y, a ser posible, de un color definido. Buen tipo.

Las menos estimables:

No me importaría que tuviese los ojos de un color indefinido.

Los defectos físicos más odiosos:

Poca estatura, gordura y, sobre todo, el pelo, los dientes y las uñas sucios.

Los más soportables:

Ser feo de cara.

¿Preeminencia?

Quisiera que opinase de la vida presente que ésta es un asco, por estar repleta de majaderos niños «bien» con tendencias femeninas, y marimachos.

Quisiera que se amoldase algo a esta vida por no hacer el ridículo (que es lo que yo practico), pero que no se dejase arrastrar nunca por esta corriente de doblez y maldad.

Que fuese muy galante, educado un poco a la antigua y, por lo menos, un poco romántico y muy sensible.

Me gustaría que tuviese ocupaciones gratas y emocionantes, tales como autor, actor o algo por el estilo, y que llegase a ocupar un puesto regular sin que fuese demasiado alto, para que no se dejase llevar sin querer de la vanidad.

Me sería indiferente que no llegase a nada, siempre que fuera el rey de su hogar.

¿Profesión?

Me gustaría cualquier profesión, menos abogado o militar.

ALBERTINA



NOTA IMPORTANTE.—Algunos lectores nos preguntan si quien no encuentre en un día determinado cuatro números de MUJER para enviarnos los cuatro cupones, puede enviarnos en su lugar el importe de dichos números en lugar de cupones. No hay inconveniente; es más: enviándonos el importe de dos números (o sea una peseta) en sellos, no es necesario enviar cupones. En otros términos: para cada comunicación de la amistad incógnita hay que enviar UNA CUALQUIERA DE ESTAS TRES COSAS:

- 1.^a Un cupón de suscriptor.
- 2.^a Cuatro cupones de lector.
- 3.^a Una peseta en sellos.

También se puede enviar parte en cupones y parte en sellos, por ejemplo: tres cupones y cincuenta céntimos.

Sirva esta nota de respuesta a las gentiles comunicantes Dulcinea, Una chiquilla quiijotesca, Marilyn, A. M. O. R. y las demás lectoras que nos han consultado sobre este asunto.

Solo.—Yo soy esa persona gentil y complaciente que pasa de los quince y no llega a los veinte, y a la que creo debes sin duda confiar esa cosa secreta que quieres preguntar. Únicamente extraño que, siendo tan discreto, de repente pregones a voces tu secreto. No importa; aquí me tienes muy dispuesta a escucharte, y, si no eres muy tonto, también a contestarte. Si más tarde descubro que «tiés» bastante miga, puede... —¡tan sólo puede!— que llegue a ser tu amiga.

Escucha mi retrato y comienza a «epartarte», porque estoy bien segura de que voy a gustarte. Soy rubia como el oro, como el jerez y el trigo; mis ojos son azules; mis dientes blancos —¡digo!—; digo que soy risueña, simpática y muy linda; mis mejillas son suaves; mi boca es una guinda —una guinda muy roja formando un corazón—; mis manos son muy blancas: dos lirios de pasión; mi talle es tan flexible como el de la palmera; mi voz es una eterna canción de primera. Es así mi persona —que no te quepa duda—. No he exagerado nada: va la verdad desnuda. No soy mala muchacha: salgo por las mañanas; tengo una «carabina» que, ¡ay!, se llama Anastasia; voy al teatro, al Palais, al Ritz, al «cine», por ver si encuentro novio, ¡y vuelvo como vine!

Y tú eres un cur... ¡Ya empiezo a imaginarte! Estoy segura que eres como voy a pintarte. Eres un rubio insulso, muy memo, muy parado, muy chipén, elegante y un tanto afeminado; conduces un Citroën; entiendes de caballos; tu andar es muy gracioso cuando no tienes callos; un genio insoportable; una chispa de gracia; estudias, no lo dudo, ¡pero qué calabacia!

Pues, mira..., ya me gustas. ¿Si acabaré por ser esa amiguita tuya que buscas en MUJER?—SOLA.

A Marineta y Morenilla.—Simpatiquísimas amigas incógnitas, pero muy apreciadas, por cierto: ante todo dispensadme una y otra que os conteste a vuestras amables cartas juntamente. No lo hago por aburrirme, no, no y mil veces no (esto es trágico con algo cómico), sino con el fin de que ésta sirva de lazo de unión amistosa entre vosotras (vamos a integrar un triunvirato chipén de la *fitirflay*, ¿verdad?), como también por requerirlo mis ocupaciones que, aunque libres, las llevo a cabo por imposición de mi enérgica voluntad: en efecto, soy un hombre que odio la holganza en el sexo fuerte, creo que hemos nacido para trabajar; por eso, cuando no hago nada, no paro de dar con un tacón contra el otro.

¿Tenéis novio? Ello me molestaría muchísimo; decidme la verdad.

Pero ninguna de vosotras es la rubita por mí soñada, las dos morenas y con mucha sal (¿os dí un susto?; perdonad la indiscreción; pero, ¡cuánto indirectamente podría yo saber, si me respondierais de una manera concreta y plenamente sincera a este asunto!) A aquellas cualidades físicas, unís la minudez, soltura y elegancia de vuestro tipo; manifestáis bien explícitamente el carácter incomparable de la mujer española; y, tanto en este respecto, como también en otros muchos más, que enumerándolos llenaría cuatro columnas como la presente, me entusiasmo y gusta vuestra amistad porque sí; porque por vuestras cartas, por el carácter sencillo y encantador que por las mismas denotáis, que afecta a vuestra personalidad, por lo requetebonitísimas que seréis (¡quién me diera conoceros personalmente y frente a frente me dijerais, por vuestros propios labios lo que manifestáis en la carta!). Este Españolito os rinde su amistad más sincera, franca y leal (que nunca negó a nadie, y menos a una mujer española). Aquella broma, pues supongo no pasará de tal, de que «si quieres me tiño el pelo en seguidita», no la debiste de exponer, Morenilla.

Y he ahí mi carácter: alegre, la alegría es la vida y la vida es corta. De mí tan sólo se apodera la nostalgia cuando pienso, y pienso mucho o por razones harto justificadas. Río, canto y bailo, esto sobre todo: «esa es la vida». No obstante, soy *formal*, como así lo afirman los barceloneses que me conocen a fondo. Me gusta lo indecible la equitación, el *tennis*, el *golff*, la caza, el automovilismo, el boxeo, el *fútbol* y fumar cigarrillos ingleses.

Respecto a mi fisonomía, tendré que contradecir lo manifestado a mi simpática amiga Betty Compson en esta amena e ilustrada revista MUJER. Mas, conste que contradicciones de esta especie nos llevan más y más a la gran confianza que debe de imperar entre amigos tan íntimos como nosotros. Creedme que no miento, pues ello a nada conduciría. Como si tuvierais delante mi verdadera fotografía: no os la digo yo, os la dice mi conciencia: soy alto, pelo completamente negro y ondulado, tan negro, que al lado del betún

camamilla (por eso reclamaba una rubia, ja, ja, ja), frente ancha, ojos muy oscuros, nariz griega y ligeramente aguileña, una boca más bien pequeña que grande. Tengo veintidós años cumplidos y estoy preparándome para oposiciones al Cuerpo Consular. Soy andaluz muy castizo. Viví diez años en la Argentina. ¡Si me vierais bailar el tango y el pericón!

¿Si soy simpático? Mujer... lo soy y no lo soy. Ten en cuenta lo que expuse respecto a mi innata alegría.

Carezco de espacio para seguir. Hasta otra. Vuestro buen amigo.—ESPAÑOLITO.

A Un marino de guerra.—¿Que por qué las mujeres admiramos a los marinos? Mi modesta opinión es que nos agrada su manera de ser, su educación, su galantería, su exquisito modo de tratar a las mujeres, tan distinto de los niños «bien» de ahora.

Yo soy una incondicional admiradora de todos ustedes y adoradora de uno, que es mi novio. ¿Por qué esta admiración? Por lo antes expresado. ¿Por qué se diferencian ustedes de los demás hombres? Porque como viajan y tratan con mucha gente, tienen más «mundo» y saben cómo a las mujeres les gusta ser tratadas.

Es todo lo que puede decirle a usted la humilde experiencia mía. Pero le aseguro que, no siendo una niña imbécil (con perdón de todas las de este género), no es el uniforme de ustedes lo que nos agrada, ni mucho menos.

Aunque también hay alguno presumido, son los menos, y los más tienen el carácter que acabo de referir, tan encantador.

Por lo menos, eso le parece a—ALBERTINA.

A todas las que a «Misterio» escribisteis.—Dada la reforma introducida por la Dirección de la revista MUJER por lo que a la sección de «Amigas y amigos incógnitos» se refiere, y comprendiendo, aunque lamentando, lo razonable de tal medida, no me será posible mantener correspondencia con todas vosotras; correspondencia que sostendría con el mayor gusto y agradecido a vuestro hermoso rasgo.

Creedme que lamento muy vivamente esto, y lo lamento doblemente porque me parece ver en todas vuestras respuestas el mismo fondo leal, noble y sincero a través de las palabras. Todas os expresáis en los mismos o parecidos términos, coincidiendo la mayoría en los puntos que en mi carta tocaba solicitando me animárais; solicitud que, como sospechaba, no ha sido infructuosa y sí coronada por el éxito más rotundo; éxito que pone de manifiesto y muy alto vuestros humanitarios sentimientos.

Así, todas tenéis el mismo derecho a que yo os conteste, es decir, a ser la elegida, puesto que a una solamente me dirigiré o, mejor dicho, con una solamente mantendré intercambio de impresiones. Necesito pensar la elección antes de decidirme; aunque sospecho que al final seguiré con las mismas dudas que en el momento presente y que mis pensamientos estarán tan oscuros acerca de dicha elección, como se hallan ahora. Si esto ocurriera, al azar recurriré, y éste, no yo, elegirá un nombre; nombre que comunicaré a la interesada.

Y ahora, para satisfacer algo vuestra natural curiosidad, descubriré muy poco el velo de misterio que me cubre y os diré que tengo veinticinco años y que soy moreno y solito en el mundo; que mi carácter es tal y como lo he descrito en mi primera carta; aunque alguna dude, pues si verdad es que algunos puntos se contradicen, al parecer, verdad es también que no es fácil saber en dónde acaba ésta —me refiero a la verdad— y dónde principia la mentira; dónde termina la realidad y dónde da comienzo el absurdo. ¡Se confunden tantas veces!

Y ahora a la que sea favorecida por la suerte la anticipo que mi lema será la franqueza; que la contaré toda mi vida, desde chiquillo hasta el momento presente, con la mayor veracidad, comunicándola las impresiones que he ido recibiendo a través de ella.

Desde los ocho años he rodado solo, sin amparo, sin auxilio y sin cariño de nadie; sin una mano leal que mitigara mis amarguras y penas o que compartiera mis alegrías y animara mis esperanzas e ilusiones; y, dado mi temperamento y el vértigo que la vida moderna lleva consigo, no me explico cómo mis facultades mentales se mantienen serenas, después de las mil vicisitudes, amarguras, desilusiones, fracasos y lecciones, unas veces duras, otras crueles, y todas amargas, que en mis veinticinco años de vida he recibido.

No creais por esto soy un amargado. A pesar de todo, mi temperamento es alegre (como demostraré a mi futura e incógnita amiga), si encuentra, como es natural, ambiente propicio para ello.

Y basta, pues temo pecar de extenso; no por vosotras, sino porque todos tienen derecho a un huequecito en estas simpáticas columnas.

Os prometo comunicaros en seguida el nombre con la que cambiaré correspondencia, y os envía a todas un cordial saludo vuestro leal y agradecido amigo—MISTERIO.

A El Agua.—Lo que usted escribe a «Nini» es sencillamente admirable, *jamón*, como diría el *discretísimo* «Polín».

¡Qué manera más discreta de decir verdades como puños! ¡Qué ironía más sutil y qué forma más exquisita de dar fuerte en los nudillos!

Lo (o la) felicito con todo el entusiasmo de que es capaz el severo—CATÓN.



Para Un marino de guerra.—Tu pregunta me la han hecho ya una infinidad de marinos.

¿Que por qué nos gustáis? Es difícil contestar, hijito. ¿Por qué me gustarán a mí los marinos? ¡Me parece que ya lo sé! Verás. Me gusta vuestra galantería, me gusta vuestro uniforme (cada vez que veo uno..., ¡ay!) y sobre todo —¡ya acerté!— me gusta que sois valientes. Os veo luchando y..., ¡ay!

No te escribo más, porque si sigo suspirando se me va a derretir el papel.

Adiós, marinero. ¡Ah! ¿Sabes lo que no me gusta de vosotros? ¡¡Que sois unos presumidos!!

Ya sé que no te he sacado de tu curiosidad, pero...

Te desea buena suerte —CONCHITA.

A Solo.—Deseo seas el amigo incógnito que siento gran ilusión por tener; todavía no me he decidido a escribir en esta sección simpaticuísima, y hoy, al leer tus líneas, lo hago a todo correr. Encuentro tu cartita muy agradable; tengo un gran defecto, y es que soy muy impaciente. ¡Figúrate hasta que me contestes..., si es que me aceptas, si tendré que armarme de paciencia! En mí tendrás una amiguita toda sinceridad. No me hace gracia desear que la que te escriba sea bonita, puesto que a conocerla personalmente no has de llegar...; entonces ¿qué te importa su físico? Si ese capricho de que sea bonita lo sientes de verdad, te advierto que soy regularcilla, del montón, como suele decirse, ¿estamos?—MARGARITINA.

Una chiquilla quijotesca busca un amigo. ¿Quién de vosotros quiere serlo?

Un muchacho que quiera contarme todas las confidencias que quiera, yo las escucharé muy gustosa como si fuese su hermana; a mi vez yo le contaré mis cosas como si fuese un hermanito mayor, bueno y cariñoso, que mima a la hermanita como si fuese una chiquilla, pero que en ciertas ocasiones la trata como una mujercita seria. ¿Aceptas, amigo desconocido?

Yo tendré plena confianza en ti, y fíjate, incluso me dejaré reñir.

Ved, pues, que las condiciones son buenas; veamos ahora quién se ofrece a ser el hermanito de—UNA CHIQUILLA QUIJOTESCA.

A Luis.—¿Buscas una «mujer» y no la encuentras? Pues hijo, aquí estoy yo que a «mujer» nadie me gana. Te ofrezco una amistad verdadera y te garantizo que no llevarás desengaño.

Yo también he sufrido, como tú, desengaños de todas clases, y ya no me fio de nadie. Si tu alma se parece a la mía seremos buenos amigos (contando con que me aceptes), porque sé consolar al triste con mi buen humor y sé tomar el pelo a quien intente tomármelo.

En resumen: que mi alma y mi deseo de tener un buen amigo (incógnito) son muy grandes. ¿Te acomoda?

Pues hasta la tuya.—GOLONDRINA.

¡Mujeres! Todo lo sois. Y si reunís la belleza del cuerpo y del espíritu, podéis ser diosas. Si incompletas, demonios. La feminidad es vuestro mayor adorno.

Yo os lo digo, que me entretengo en escribir filosofía en las aguas de un estanque.

Desearía tener una amiga verdadera. ¿Que cómo? Ella lo sabrá como yo sé cómo soy. En primer lugar no tengo aficciones, de carácter alegre y con ribetes humoristas, me gusta la literatura, no me disgustan los deportes y siento cierta debilidad por la pintura y dibujos, a los que para dedicarme no necesito más que pintar y una musa bonita que me anime.

Físicamente no soy Apolo (si acaso, la entrada general), pero no llego a las dos docenas de años y además tengo la suerte de no poseer chaleco Riel-Orer.

¿Se animará alguna nena a ser amiga de—CELIPE?

Incógnita amiga: Un galleguito de veintiuna primaveras, moreno, etc., etc., espera tengas el gusto de dispensarle el honor de la correspondencia en MUJER.

No admiro los deportes. Detesto la guerra, y no por miedo a ella. Tengo aún más defectos que los enumerados; pero estos dos son los peores para casi todas las chicas... «bien» del día, y por ello los confieso, para evitar disparidad de gustos en grado exorbitante que no conviniese a esta sección.

Dime dónde has nacido; si eres morena, amarilla o verde, y lo que tengas por conveniente que yo sepa.

¡Ah! Soy un admirador del Arte en todos sus conceptos. Y tengo en mí una dosis suficiente de desengaño.

Espera tu correspondencia con impaciencia—ANTÓN.

Doctor.—Creo haber encontrado en usted el amigo incógnito que yo soñaba, y me parece que congeniaremos en muchas cosas. No quisiera equivocarme.

No me parece que su vida haya sido un error; al contrario, todo hombre debía hacer lo que usted. Primero el estudio y su trabajo, y luego viene lo de tratar con una mujer con la que se llegue a congeniar.

Así es que no me parece tarde, y creo encontrará su corazón, no que florezca una flor, sino un jardín con las mejores flores que desee, y a su gusto pueda escoger. Y lo más cómodo, sin moverse de su despacho; hasta el Sultán le va a envidiar. Eso es suerte. Es lo que más me ha gustado de usted.

Si me creyera digna de su amistad puede empezar por abrirme su corazón —¡a qué tardar más!— y contarme todos sus trabajos, penas y alegrías, que aquí estoy yo para darle ánimos. Y al mismo

tiempo espero tener un amigo que pueda aconsejarme en todas mis cosas.

Su—DULCINEA.

¡Atención!—¿Queda algún amiguito para mí? Si es así, escríbid en seguida, que tiene muchísima prisa—NONÓ.

Una fotografía moral que busca una pareja.—Tengo diez y nueve años. Soy alegre, feliz y divertida. Me encanta todo lo original, impresionante e inesperado. Me entusiasman los sports, todo lo que sea arte y viajar.

No me gustan los toros, ni las beatonas, ni los niños y niñas que dicen «bestial», «brutal».

Así soy... (si así os parece...)

Pero me falta una cosa..., una cosa muy importante... Y es... que yo no tengo a nadie a quien confiarme, a quien darle y pedirle consejos, apoyo, consuelo...; quien, cuando él esté triste o alegre, piense: «Se lo contaré, y ella me comprenderá», y «El me comprenderá», quiero yo poder decir.

Quiero un amigo. Un amigo dulce, franco, desinteresado. Un amigo salvaje.

¡Por Dios, lectores, compadeceos de mí! ¿Me despreciaréis todos y todos me dejaréis triste, solita y lacrimosa?

Como ahora tenéis tanto campo donde elegir..., me da mucho miedo. ¡Infeliz de mí!—DOÑA SOL.

Mari-Sol.—Querida amiga: Te agradezco tu felicitación por las Pascuas pasadas, y yo también te deseo toda clase de felicidad en el presente año.

Tienes mucha razón en decir: «Gracias a Dios no tienes novio, por ahora». Yo, en eso, estoy de acuerdo contigo.

Creo, como dices, no eres fea, sobre todo simpaticuísima.

Has acertado en creer que me firmo Mari-Estrella por parecernos más; como he podido ver en tu carta que pensamos muy iguales, y por eso creo que congeniaremos mucho y seremos muy buenas amigas.

No creas encontrarme de paseo en la Castellana, pues no soy de Madrid.

Te abraza y espera impaciente tu contestación —MARI ESTRELLA.

¿No habría por casualidad entre vosotros, lectores de esta simpaticuísima Revista, algún galleguito o galleguita tan bueno que quisiese tomarse la molestia de coger la pluma para darme algunas noticias de esa tierra tan «feiticeira», y que guarda para mí los recuerdos más preciosos, en la que transcurrieron los años más felices de mi vida, y de la que tan contra mi voluntad he tenido que alejarme?

Toda Galicia es para mí preciosa; pero, especialmente, una de sus poblaciones: ¡Vigo! De esta población quisiera que me hablarais. ¿No habrá nadie que me oiga?

No pido una correspondencia continua si es que esto puede molestar al que se digne oír mi ruego. Sólo pido una limosnita de noticias y que sea tan buenísimo que me conteste a unas preguntitas.

Espero ser oída. ¿Me llevaré una desilusión?—LIRIA EDORTANC.

Para Españolito.—Al leer tus palabras, que en el número 16 de esta querida Revista nos diriges, comprendí que mi deseo de encontrar, entre los muchos que escriben en esta sección, un amigo incógnito que fuera tal como yo lo deseaba, ya se había realizado en parte; y digo en parte porque ahora falta si tú querrás aceptar esta amistad que con todo mi corazón te ofrezco. ¡Serán tantas las que te hagan la misma proposición!

Soy joven; tengo diez y ocho años, rubia, con ojos azules y, quizás, demasiado menuda; pero si nuestra amistad ha de ser del alma solamente, yo creo que no tiene que importarte mucho mi físico; a mí, por lo pronto, no me interesa si eres rubio o moreno, aunque preferiría lo último.

Tus líneas me hacen suponer que eres «muy hombre»; pero no demasiado varonil, y acaso, acaso, seas a veces un poquito brusco. Romántico..., no sé; pero si lo eres, será muy poquito. ¿Me equivoco? Yo sí que lo soy; claro que no tanto, tanto, como algunas.

Quiero que, si aceptas mi amistad, me escribas a mi soía. ¡Soy muy egoísta!

Temo no me contestes, y, sin embargo, no retrocedo; también yo digo: «¡Siempre adelante!»—ARGENTINITA.

A las amigas incógnitas.—No agradeceré bastante a esta simpática Revista la página que ha puesto a disposición de sus lectoras y lectores para comunicarse entre sí.

No he conocido a mi madre, y no he sabido, por tanto, lo que son el cariño y los cuidados de un alma femenina.

¿Habrá alguna de vosotros, simpáticas lectoras, que quiera ayudarme a endulzar la amargura de esta vida brindándome una amistad leal?

Siempre humilde servidor vuestro, espera —EDUARDO.

CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS:

Con cada comunicación destinada a LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS debe enviarse cuatro cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la Dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.



A Don Quijote.—También yo, como usted, me interesaba muchísimo por esta sección de amistades incógnitas, y sentía, como es natural, el desconsuelo de no tener veinte años para poder aspirar a tener un amigo o amiga desconocido, pues yo creo que, por tratarse precisamente de esta amistad, debemos tener algún derecho para acogernos a ella las que por razones de estado u otras causas les está vedado hacer uso de otra clase de amistades.

Por esto, y una vez de acuerdo a cuanto usted dice en su carta, no dudo en dirigirme a usted y ofrecerle mi humilde amistad, serrecita, pero sincera; pues si bien no soy una niña bien y alegre, tampoco me voy del mundo, pues todavía conservo humor para escribirle a usted y para sentir unos deseos enormes de que la vida me sea alguna vez risueña, y también alguna vez sentirme un poco libre (en el buen sentido de la palabra) de esa prosa que encierra y que, en determinados casos o momentos, es dolorosamente abrumadora... Así es que quisiera sentirme optimista y confiar en su buena y noble amistad, si es que usted quiere aceptar la mía, y en este caso me atrevo a rogar dos condiciones: aun cuando nos comuniquemos nuestras impresiones y vida en general, aficiones, costumbres, etc., no intentará nunca descubrir el incógnito, pues solamente con este objeto podría escribirle, y además no elegiré otra u otras amigas, tengo la debilidad de que todo lo que hago muy mío lo prohijo con tal cariño, que me gusta ser exclusiva en todo; quizá este egoísmo me hace muchas veces ser desgraciada, pero ¡qué le voy a jase yo, como dicen en mi tierra...! Esto no quiere decir que si usted encuentra otras amigas más a su gusto, por esto no dude ni tema el enojo de—UNA GRANADINA.

Para Friend X y Otelo.—Con mucha alegría he leído las líneas que me habéis dirigido, brindándome vuestra amistad, y como veréis no tardo en contestaros. Los dos me habéis sido sumamente simpáticos y me agrada mucho no haber visto vuestro seudónimo nada más que dirigido a mí, pues los que contestan a todas no me gustan. Como me figuro que a vosotros os ocurrirá lo mismo, os escribo hoy juntos para deciros que lo dejo a vuestra elección, y luego seré definitivamente la amiga incógnita del que lo solicite primero, con la seguridad de que el otro encontrará en esta Revista una muchacha que lo atenderá con la misma solicitud que yo pudiera hacerlo.

Aunque ninguno de los dos habéis contestado a mis preguntas yo responderé a las vuestras. Te diré Friend X que he estado educada en el Colegio de las Esclavas y que no soy nada modernista por ningún estilo, pues tengo unos padres muy severos que no me lo consentirían. Ya veo tienes veinte años; yo no tengo más que diez y ocho. Dime qué carrera sigues.

¿Y tú, Otelo, por qué me dices con tanta seguridad que soy guapa?... En eso no aciertas, pues te diré francamente que soy del montón, una de tantas; tampoco tengo melena como tú te figuras, sino que llevo tirabuzones y «bastante tela», y estoy muy orgullosa de ambas cosas. Espero sueltas el grifo de tu ciencia —como dices— y me aconsejes y disipes mis dudas, empezando por contestar a mis anteriores preguntas; deseo a mi vez saber cuántos años tienes y qué carrera.

Ante todo quiero que el que se decida, sea sincero, muy sincero y me escriba siempre con el corazón en la mano —como suele decirse—, con la seguridad de que yo también lo haré.

Más adelante le contaré cosas más íntimas. Espero que él lo hará en su próxima carta. Desearía me contestara pronto, y así, ¡cómo me ilusionaría que llegasen los días en que aparece esta simpática Revista y ver que alguien sin conocerme ha pensado en mí un ratito!...

Mil gracias a ambos e impaciente espera vuestra amiga.—NENAY.

Palomita sin hiel.—Encantada de que te hayas preocupado por mi salud, quiero darte las gracias y decirte que, gracias a Dios, no conozco ese horrible mal del *aburrimiento*; mejor dicho, no tengo tiempo ni de saber que existe...; pero antes que nada te brindo una amistad sincera. ¿La quieres?

No te fies por *monotonía*. Soy más alegre que unas castañuelas, y teniendo que estudiar (estudios superiores), tocar el piano (tengo la carrera y dicen que no lo arañó), preocuparme de coser y con cinco hermanos detrás de mí, ¿crees que tengo tiempo para conocer el *aburrimiento*?

No temas por mi salud, *palomita*. Esta es, a Dios gracias, muy buena y no soy nada *neurótica*... Y para final, no sé qué hombre célebre dijo que el *aburrimiento* era propio de *imbéciles*..., y la verdad, yo no me lo considero.

¿Amigas, verdad?—CONDESA DE MATTES.

Crisantemo-Rosa y Ninón-Rosa.—Mis queridas amiguitas *Rosadas*: Gracias mil por vuestras amables frases y perdonad mi tardanza en contestar. He tenido muchas cositas que hacer y hasta hoy me ha sido imposible encontrar este rato para dedicároslo por completo. Preguntábais si había leído novelas de Marlitt. Pues bien, sí; bastantes por cierto, ya que todas son preciosas. Me permito haceros la observación siguiente: Marlitt era protestante, y según la edición que sea, pueden leerse o no sus obras. Hace poco, ignorándolo yo, tomé *Segunda mujer*; pero no pude terminarla: de tal manera se ultrajaba a lo que tan amado debe sernos a todos: la Religión católica. La mayoría las he leído en francés. Todas os deleitarán, y para complaceros cito los nombres: *La Princesse des bruyeres*, *Chez le conseiller*, *Segunda mujer*, *La maison des hiboux*, *Gisele*, *El secreto de la solterona*, *Ba-be-bleue*, *La Servante de registre* e *Isabel de los cabellos de oro*.

Adios, queriditas amigas incógnitas; podéis pedir cuantos datos queráis —de lo poco que sabe— a vuestra amiga que os quiere.—PIMPINELA.

Para mi desde hoy leal amigo Rafael S. P.—Con el alma llena de alegría cojo la pluma para contestarle en seguida, según su deseo. ¿Es esta suficiente prueba de que en sus manos deposito toda mi confianza, y de que desde hoy tendré fe ciega en esa amistad que tan galantemente me ofrece?

Su manera de expresarse me demuestra que es usted un muchacho de los pocos que existen hoy día; un amigo como yo deseaba encontrar, pues cansada de ver que el amor ni la amistad existen en la realidad de la vida, acudí a esta Revista con el alma destrozada por tanta desilusión sufrida; pero con un *rayito* de esperanza, que se ha visto fortalecido con sus simpáticas líneas. ¿Verdad que usted obrará también siempre con toda franqueza y que seremos siempre amigos, amigos del alma?

Para que me *conozca* ahí van mis *defectos* y *perfecciones*:

Físicamente: Ni alta ni baja, delgada, pelo rubio cortado a lo *garçonne*, ojos castaños grandes y expresivos.

Sentimientos: Nobles; amor a todo lo que demuestre grandeza de alma.

Aficiones: Al baile, los buenos libros, las labores, los *cines* y los teatros; pero en cambio, no me gustan las amigas ni los *pollos* modernistas.

Carácter: Impulsivo, con una voluntad de hierro, que sólo se tuerce con bondad y cariño.

¡Mis ideales! Llegar a tener un hogar mío, ¡muy mío!, en el cual cada cosa demuestre mi *mano*; un hogar confortable, formado amorosamente con un hombre bueno, trabajador y... capaz de quererme mucho, muchísimo; ¡tanto!..., como yo sería capaz de quererle a él, ¡con toda mi alma!, libre de todo egoísmo y de todo sentimiento que no fuese puro y noble..., como el que le brindo en mi amistad y deseo de la suya, como al mismo tiempo le ruego que esta amistad no sea compartida, es decir, que igual que usted ha de ser mi único amigo incógnito, yo sea su *única* amiga incógnita, pues también soy ¡muy celosa! ¿Tendré esta alegría?

¿Que usted también ha sufrido mucho? Yo, muchísimo; pero a pesar de esto, tengo *algunos ratos buenos* (pocos) en que me permito la *locura de soñar*... Y por hoy termino con el alma impaciente por su contestación, que espero sea tan larga como la mía; contándome cómo es física y moralmente, pues esto último y sus penas y alegrías empiezan a interesarme...

Hasta la suya mi ¡sincero y mejor amigo! Piensa en usted —MAGDALE.

Currinche.—Al coger la Revista veo con gran alegría que sois dos los que me ofrecéis la amistad tan deseada; y aunque mi deseo sería corresponder a los dos, me es imposible, y en esta imposibilidad me he visto obligada a un sorteo, en el cual tú has salido *derrotado*. ¡Y si vieses qué pena me causa tener que renunciar a un afecto tan noble y desinteresado! Por eso he querido ponerte estos renglones, para demostrarte mi agradecimiento y rogarte me perdones esta ingratitud involuntaria.

¿Me perdonarás? En prueba de ello, te ruego unos renglones desde MUJER, y confío que alguna muchachita buena que haya leído los tuyos anteriores y ahora éstos, te brindará una amistad tan sincera como lo hubiese sido la mía.

Para ti, simpático Currinche, un apretón de manos tan grande como mi afecto.—MAGDALE.

Soy una muchacha alegre, como unas castañuelas; me gusta bailar muchísimo, una «burrada», y todos los deportes, en especialidad nadar y montar a caballo. La vida moderna me enloquece; pero a pesar de todas estas cosas, no puedo ver un «pollo bien», porque me resulta mal y se me atraganta. Y para más detalles, tengo quince años, soy alta, morena y con el pelo a la «*garçonne*».

Desearía un amigo, pero un amigo de verdad, que me hablara de muchas cosas, pero en especial de un asunto que quiero resolver y no sé cómo. ¿Lo encontraré? Me temo que no, y me va a dar una rabia atroz. Pero si por casualidad alguno se decide, que no lo piense mucho y que me escriba prontito, que no tengo paciencia.—UNA GUAYABITA.

A todos en general y a ninguno en particular.—¡Por fin me he decidido! Si vieráis que trabajillo me ha costado, y eso que tenía unas ganas enormes de figurar en esta sección, aunque fuera sólo una vez, pero también me da miedo ser una vez tan sólo. ¿No volveré a tener que escribir por falta de algún amigo que se decida?

Uno de los que por ahora me ha *hecho plan* ha sido *Manolo*, porque su carta es contando penas y amarguras, y me siento con facultades suficientes si no para quitarlas del todo, por lo menos disminuirlas (que ilusa, ¿verdad?) A ver si a vosotros no os lo parece. Os voy a enumerar algunas y veréis cómo sirven para endulzar la vida de cualquier amargado como el antedicho *Manolo*.

¿Me prometéis que no vais a desconfiar de nada de lo que os digo? Porque eso me da mucho miedo que os creáis a lo mejor que soy algún *tío de barba*, siendo una chica de diez y siete años con un carácter alegre y expansivo y una franqueza que también me caracteriza. ¿Qué os parece? ¿Necesitáis datos físicos para decidirlos? ¡Curiosos! Pues no os los doy, y así vuestra primera carta será para una amiga verdaderamente incógnita.

Se despide de vosotros.—CASCABEL.



A Ana María.—En el núm. 18 de MUJER leí su ofrecimiento de amistad con un amigo desconocido.

No es amigo quien también se la ofrece —¡ni pensarlo!—. Es una muchacha —mujer en toda la palabra— que tiene los mismos gustos y aborrece con toda su alma a los chicos «peras» y «marimachos». Ahora, que escribir me encanta, y leer, mucho más. Perezosilla, ¿qué haría en mi lugar?. Yo que me paso el día escribiendo...

No sé si le agrada mi amistad. Tal vez cuando lea usted estas líneas en MUJER ya haya encontrado algún amigo. Pero no por eso me molestaré, amigueta. Me gustaría nada más leyese mi contestación, si le parece bien. De lo contrario me daría algo de pena; pero nada más.

Me voy extendiendo demasiado y aún no he contestado a su ofrecimiento. Ahí va. La mujer, según indica su nombre, debe de estar dotada de sentimientos muy humanitarios; la que no es así debía meterse en el último rincón de su casita.

¡Ja! ¡Ja!... Luego, nos hace gracia cómo visten ahora los hombres. No se extrañe. Ellos, al ver que la mujer les va robando poco a poco sus gustos, ha pensado, desaceradamente, que también ellos tenían derecho a vivir.

¡Abajo la mujer-hombre! ¡Abajo! ¡Abajo!... Así gritaría yo siempre que veo a una niña de esas ridículas que llevan melena a lo garçon, abrigo hechura sastre y aun muchas con petaca en el bolsillo, en la «cola» de cualquier campo de fútbol esperando les llegue la hora de su entrada. Están como para preguntarlas:

—Niña, ¿sabes guisar?

¡Uf, qué asco! ¡Ellas estropear sus manecitas trabajando! ¡Qué horror! Los pollitos, encantados de tener una novia «cañón», «bestial», etc., palabras de niños «peras». Luego se casan y... ¡allí es cuando ven el desengaño. La niña que saca los pies de las alforjas (palabra muy tonta ésta) no sabe coser, y aún más: al pobre maridito de pies algo doloridos, en vez de procurar hacerle un zurcido un poco pasajero, le hacen una birria. Los infelices no han aprendido otra cosa quince días antes de su enlace. Ellos rabian y patean, reniegan de su mujer. Pero los infelices no han visto nada de eso antes, cuando alegres pasaban las tardes apostándose a ver cuál de los dos, Ruiz o Ciclon, por ejemplo, ganaba el «match».

¡Ah! ¡No me dice usted nada de los afeites! Otro desengaño que tienen esas niñas. Se creen bellas con ponerse los ojos como dos carbones, las mejillas y los labios como dos tomates, que parece han comido chorizo.

La mujer, para ser bella, no necesita nada de eso. Si es guapa, el cutis se le estropea, y si es fea, se le pone aún peor.

Bueno, amigueta, me he extendido demasiado para ser la primera carta. La he escrito tan larga en la confianza de que, si quiere ser mi amiga, vea lo que pienso de las mujeres de hoy día.

Yo soy chapada a la antigua. No por eso dejo de ir a la moda, vestida como debe ir una mujer a los diez y siete años, educada en la modestia.

Y si es que no acepta mi amistad, ojalá lean estas líneas muchachas que van hoy día como urracas, y aprendan un poco de lo que aquí escribo.

Un apretón de manos de la que desea ser su amiga.

¿Me contestará?—BETTY.

Mi amiga y yo.—¿Buscaban ustedes dos amigas incógnitas?, pues nosotras nos ofrecemos; porque la carta de ustedes nos ha hecho mucha gracia, y tenemos ganas de tener algún amigo incógnito.

Somos una morena y una rubia muy amigas. Mi amiga está bastante gruesa; ¡no crean que es una cosa exagerada!, no; está bien como está. Yo soy más delgada. ¡Ah!, y ella tiene melena. ¡Qué pena!, ¿verdad?; y es más terca que los vizcainos; siempre quiere tener razón; y para convencerla de que está equivocada, necesito algunas veces poner en movimiento media humanidad.

No les tuteamos porque como no sabemos si aceptarán nuestra amistad...—MI AMIGA Y YO.

Para Un Galeno.—Agradecidísima de que haya usted contestado a mi pregunta; aunque me extraña crea que leyendo los escritos de una muchacha la conocerá usted. ¿Le parece que escribirán todas sinceramente? A mí me parece que no, y creo que la mejor manera de conocerlas es tratarlas.—AILEMA.

Para Un Licenciado.—Me pregunta usted si aún siento curiosidad por saber su respuesta. ¡Naturalmente que sí! Y ya que no puede explicármela personalmente, será usted tan amable que me la escriba. ¿No es cierto?—AILEMA.

A Miosotis.—Querida amiga: ¡Qué alegría he tenido en ver no he sido desoída, pues creo haber encontrado en ti la amiga de mis ensueños!

¿Qué edad tienes? ¿Dónde resides?

Siempre le estaré agradecida a esta simpática revista, pues por medio de ella nuestras almas se entenderán.

Se despide de ti, con una amistad franca y leal, tu incógnita amiga.—UNA MORENA.

A Mi amigo y yo.—Decididamente sois afortunados, habéis encontrado lo que en esta sección de MUJER solicitáis una morena y una rubia (aunque no hijas del pueblo de Madrid), que reúnen todas las condiciones físicas y morales por vosotros solicitadas, y ya unidas por una cordialísima amistad.

Mi amiga, como digo, es morena, de abundante y lustrosa cabellera negra, como sus ojos; de 1,53 de estatura y 60 kilos de peso; sus aficiones también la llevan a congeniar con tu amigo; de carácter serio, pero no melancólico; gran aficionada a la pintura y al teatro, y en una palabra: a todas las Bellas Artes. Yo soy rubia, de ojos azules, menudita y más alegre que unas castañuelas; adoro la música, los toros; el mús, no; porque no lo conozco; el fútbol no me entusiasma; pero espero de tu amistad que me le harás simpático y comprensible. En cambio, me entusiasma el baile, y del baile el «fox».

¿Creéis que congeniaremos?—UNA MORENA Y UNA RUBIA.

Para Rafael.—Yo tampoco quería dirigirme expresamente a ninguno, prefería ser la elegida; pero de todas maneras, si ahora le escriben a usted varias, tendrá que contestar a una, a la que prefiera. Así, el caso es el mismo.

Me agrada mucho su carácter, y coincidimos en él, pues yo también soy alegre; pero muy formal, y acaso también el serlo...

En fin: he creído encontrar en su carta el amigo incógnito que deseaba.

Aunque «he picado» no soy del Metro.—PIEDRA EN TORRENTE.

Luis.—He leído en el último número de esta amena y simpática revista sus cuitas, que por una extraña coincidencia tiene el caso de «ella», mucho parecido con otro caso que me ha sucedido a mí, con la excepción de que yo no me enamoré de «él». Sólo conservo un agradable recuerdo y simpatía por mi raro comunicante.

Por causas que no precisa mencionar he mantenido cambio de postales y correspondencia con un muchacho, al que al través de sus cartas llegué a apreciar, pues demostraba un carácter tímido y respetuoso. Cuando regresó a España y me envió su fotografía para que le conociera, dudando yo firmemente de que fuese él, el del retrato, dejé de pronto de escribirle, y ya no he vuelto a saber nada. Y es que, roto el encanto de lo desconocido, ya no quiere ser el hombre nuestro amigo.

Porque guarda vuestro caso tanta relación con el mío, he decidido ser vuestra amiga incógnita. ¿Me aceptáis?—SELEGNA.

A Betty Compson.—Leer tu carta en el día de Navidad y ponerme más contento que unas pascuas, todo fue uno. ¿Qué quieres que este hombre te conteste a esa cuestión de las morenas, rubias o castañas... asadas? ¿No concibes que a veces se dice con la boca algo que niega el corazón? Madrileña, mi sueño, mi ilusión; simpática, alegre, castiza supongo serás; y qué más..., corazón de mujercita, ¿eh?, simpaticísima amiga.

Y, ¿cómo no me contestas a aquella continuada serie de preguntas que te hacía, más larga que una palabra y más corta que una miradita? (Claro está que según la naturaleza de esa palabra o mirada, ja, ja, ja.) ¿Es que dudabas de mi amistad y antes querías estar segura de ella?

Pero dejémonos de estas disertaciones, al fin, en gran manera, inútiles entre amigos tan novicios como nosotros, ¿verdad? No creas que voy a comenzar preguntándote tus artistas y literatos predilectos. Mas si tu físico (el pelo ya lo conozco) y tu tipo, tus alegrías y tus penas, pues creo que así comienza la verdadera amistad y el cariño de... amigos (no te asustes). Mucha confianza, amigueta Betty Compson, mi artista predilecto. ¡Qué carácter tan idéntico tenemos!

Perdona la indiscreción: ¿tienes novio? Ello me molestaría muchísimo, lo indescriptible. ¡Adiós la confianza y aun la verdadera y confidencial amistad!

Yo soy... como Dios me dió. No; vamos al grano: nací en Marzo (nada menos que el 13). Según presagios, seré muy desgraciado, sobre todo en amores. Trataré a muchachas muy bonitas y simpáticas; pero, al final, algo parecida a la sandía, y... catástrofe, tormenta, el copito, el descauje y el piporren. Mas seguiré adelante; miraré muy alto con mis ojos de piñón; alzaré mi frente, estrecha e invadida por un pelo más liso que el de mi rocinante, y me disculparé, en lo posible, valiéndome de mi gran buzón (vulgo boca). Y ya ves, otra vez mi emblema: «Siempre adelante».

Espero tu pronta respuesta. ¡Ah! Se me olvidaba: que no sea melancólica, sino espeluznante, escacharrante y... tralará, tralará. Viva la juerga y el Amor, amigas mías; ya iba a comenzar con el famoso pasodoble. Ya conoces mi alegría y mi innata pena, como también mi cara... Caramba con mi frescura. Tu buen amigo—ESPAÑOLITO.

A la Princesita de los sueños locos.—Yo soy egoísta como tú, Princesita, en lo que se refiere a amistad y cariño. Y como todo tiene su explicación, yo te daré la que me ha hecho ser así.

Desde que terminé mi carrera —y a ella dediqué y dedico mis entusiasmos— sufrí bajo el aspecto moral, por verme alejado de mi familia y, por tanto, solo; por el fracaso en relaciones amorosas, siendo éste por mi culpa, por haber idealizado demasiado a la mujer que quise, cuyo motivo es el ser un poco romántico, romanticismo que exalta cuando, entre las cuatro paredes de mi habitación, en mis pensamientos, tenaz, persisto.

Bien, amiga Princesita. Como hasta ahora todo lo que deseé no he logrado, creo que tu amistad no lograré. Dirás que soy un pesimista, mas la realidad es que mi idealidad va anulándose. Y para no perderla veo los brazos abiertos a ella en tu ofrecimiento, pero con la duda de que no se logre.

Y me perdonarás; pero para ser en algo parecido a ti, diré con tus mismas palabras que si te parece mal lo que digo, no me contestes. Y si entre las que leen MUJER hay alguna que adivine tras estas líneas un poco de mi espíritu y mis ideales, a ella me dirijo.

Te saluda—EL PRÍNCIPE QUE BUSCA LA FELICIDAD.

A Un par de pimpollos.—He leído lo que queréis, y me pongo a vuestra disposición para lo que me queráis preguntar. No es que me las quiera dar de un hombre muy experimentado, pero he vivido bastante, conozco todas las escalas sociales y, por conocer, a muy distintas clases de mujeres y hombres, y, además, ser bastante observador, creo conocer algo el corazón humano, y, por lo tanto, también creo poder contestaros a todo lo que me preguntéis.

Puede ser que os conteste algún otro; y en el caso de que le preferáis, os pido que me dediquéis aunque sólo sea una línea diciéndome con franqueza, pues franqueza es lo que debe haber entre amigos, y más siendo incógnitos.

Y sin más, os dejo, esperando que tendréis confianza —pues tengo la seguridad que, si me hacéis caso, saldréis bien de todos vuestros lances— en este que será una especie de confesor, pues si queréis, hasta os pongo penitencia.—RICHELIEU.

Chiquilla.—Si te respondiese manifestando que me eres más simpática de lo que yo a ti, mentiría solemnemente, me quedaría de corto, y ya hace tiempo que estoy de largo (me refiero al traje).

También te gustan las rubias, ¡qué casualidad! Pero esta casualidad tiene una explicación; explicación que, aunque sentida desde mucho atrás, tomé de una obra teatral. Cuestión de amores.

¡Pero, «Chiquilla», cuánto tiempo tardaste en contestarme, y para eso, de una manera incompleta, sabiendo que reunías las condiciones que yo señalaba!

¡Qué bonitas y encantadoras son estas reprensiones entre dos amigos, simpatizados mutuamente, como no otros!

¡Ni que te conociese personalmente! eres rubia, de ojos grandes y encantadores, una boquita como un piñón, más roja que tu misma sangre —¡oolé!—. Perdóname si consideras esta peroración como un extralímite a nuestra amistad.

Supongo no habrá ningún pajarro que ronde las tejas de tu tejado; creo que mi archirrequetesimpaticísima «Chiquilla» (a pesar de lo mala que es, por escribirme tan sólo dos líneas) no tendrá novio; a tu chiquillo lo disgustarías, y, con el tiempo, ya no te podría calificar de «mi chiquillo». Dime que no, pero dímelo a conciencia.

¿Cómo comenzar? ¿Por nuestros deseos, por nuestras penas o alegrías, por nuestras esperanzas? Todo lo pongo a tu libre elección, como ofrenda de tu buen amigo —ESPAÑOLITO.

Ana María.—Aunque, por lo que has escrito en el número 18 de MUJER, no puedo formarme ni una remota idea de tu carácter, ni de tus inclinaciones y gustos, permíteme que te brinde mi amistad; en la seguridad de que si la aceptas hemos de llegar a ser muy buenos amigos; porque a mí, aun no siendo catalán, me sucede lo que a ellos, que obtener su amistad cuesta un triunfo; pero una vez alcanzada, es verdadera y perdurable. Con mayor razón en este caso ha de ser mi amistad noble y leal, por ser yo mismo quien te la ofrece.

Y puesto que aspiro a ser tu amigo, me encuentro en el ineludible deber de significarte cómo soy y qué forma de pensar tengo respecto a lo que tú preguntas.

No veo con agrado a la mujer deportista, a la que se las tira de macho y presume de bíceps y fuerza; ni me gusta tampoco que asista a espectáculos como el boxeo y las riñas de gallos, que además de antihumanas son repugnantes. A los toros, si son españoles, deben asistir; sin que por esto quiera yo decir que este espectáculo sea menos bárbaro; pero, al fin y al cabo, en él se desarrollan valor y arte, y además, que como a mí me ha gustado siempre con locura...

Y para terminar yo soy a primera vista muy serio; luego dicen que cuando se me trata resulta simpático (yo no lo sé, cuando lo dicen será verdad), de cara y de cuerpo me callo porque eso no hace al caso. Me gusta mucho viajar, tanto por tierra como por mar; soy aficionado a todos los deportes, de los cuales practico algunos; las corridas de toros creo que no es preciso que diga otra vez que me gustan extraordinariamente (y también torear); el teatro en todas sus manifestaciones; en fin, yo creo que todo me gusta y en ninguna parte me aburro; pero no, hay dos cosas que no me gustan: el boxeo entre profesionales y las riñas de gallos.

Creo que ya sabes cómo soy y si te conviene la amistad franca, leal y sincera de—SIMBAD.

A Carlos.—¿Será posible que haya un corazón tan triste como el mío por no tener un hermano con quien compartir sus alegrías y sufrimientos?

¡Oh triste soledad la mía! Sí, Carlos, tú dices: «¡No he sabido jamás lo que es cariño!» ¡Yo sí lo supe; y también supe corresponder, con cariñosas zalamerías de niña, a aquel corazón tan afligido!

Tras de algún tiempo de sufrimiento, Dios quiso llevarse para siempre a mi hermanito; y yo, sola, solita, me quedé sin un alma cariñosa que me consolara!

¿Me ofrecerás tú ese consuelo que necesita mi alma? ¡Creo que sí! Pues yo te ofrezco la confianza de hermanita cariñosa para que deposites en mí tus tristezas y alegrías. La morenita extremeña, MARÍA DE GUADALUPE.

A Ailema.—¿Que por qué hemos querido tomar parte en esta sección? Fácilmente se comprende: por el placer que sentimos todos de toda cosa nueva, y al mismo tiempo, por el placer, mucho más grande y más lisonjero, de trabar correspondencia con una chica, a nuestro parecer encantadora, y que muy bien podría darnos una muy desconsoladora sorpresa.

Al dedicarte estas líneas, querida Ailema (y dispensa mi franqueza y atrevimiento), creo contemplar tu retrato. Mi loca imaginación se figura que te ve cual te ha soñado: juiciosa, muy juiciosa, y a la par joven, guapa y casticísima. ¡Todo lo contrario de lo que yo soy!

¿Para qué quieres más palabras que te expliquen nuestra intromisión?

Si no te satisface, avisa. Pero para mi debut, me parece que no estoy del todo mal. SAMUEL.

Rosalinda.—Quienquiera que seas y dondequiera que te encuentres, puedes contar con la amistad sincera y desinteresada de un lector que ha leído tu misiva y desea sinceramente le contestes.—ALFARO.

SERVICIO DE PATRONES



MUJER ofrece a todas sus lectoras, aun a las menos expertas en la ciencia del corte, el medio fácil, rápido, práctico, sencillo, seguro y económico de reproducir.

Toda la correspondencia relativa a esta sección debe dirigirse a Redacción de MUJER. (Sección de patrones.) Madrid. Apartado 447.

CUALQUIER FIGURÍN DE MODAS

que se publique o se haya publicado en esta revista. Para ello ha montado un servicio de patrones, que se remitirán, por un precio módico, a toda lectora que lo desee, sin que tenga que tomarse más molestia que la de enviar las siguientes indicaciones:

1.ª El número y fecha de la revista y el número de la página en que se haya publicado el figurín elegido.

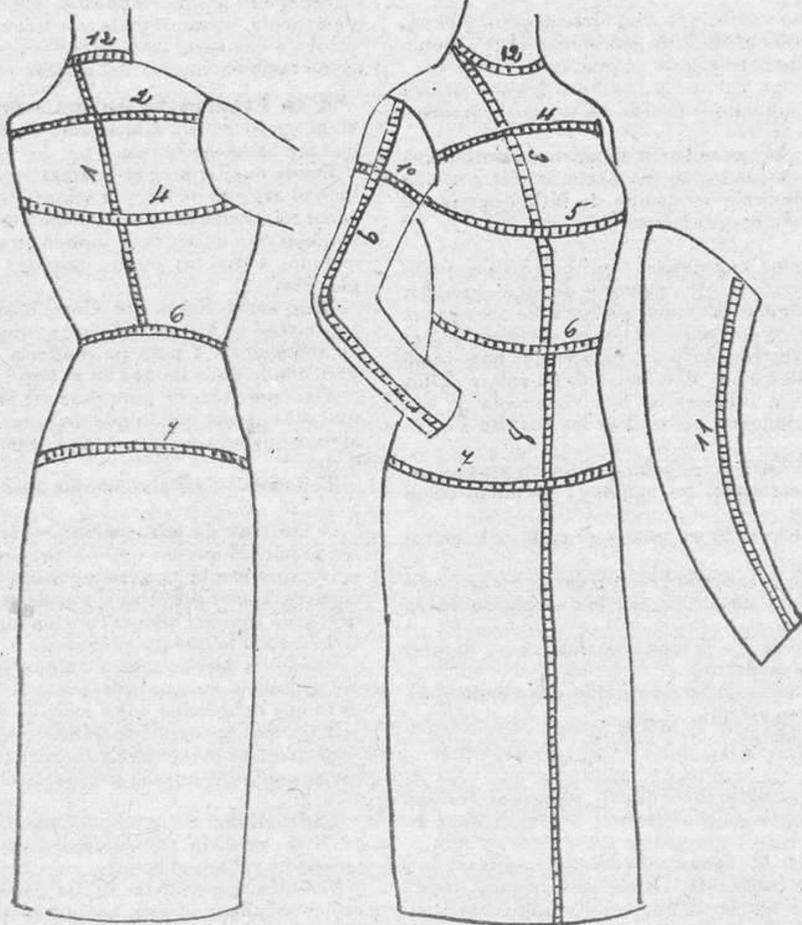
2.ª Reproducción de la primera línea del pie correspondiente a dicho figurín.

3.ª Las medidas de la persona para quien haya de ser el patrón. Estas medidas han de ser exactamente tomadas, según va indicado en esta misma página.

El importe del patrón, más 50 céntimos para gastos de envío y franqueo certificado, puede enviarse por Giro Postal o en sellos de Correos.

Los precios de los patrones son los siguientes:

	Pesetas.
Vestido de señora.....	2,75
Vestido de señora, complicado....	3,25
Traje de sastre completo (levita y falda).....	4,00
Levita.....	3,25
Falda.....	2,00
Blusa.....	2,00
Abrigo.....	4,00
Camisa de noche.....	2,00
Camisa de día.....	1,50
Pantalón.....	1,50
Combinación.....	2,00
Corsé o faja.....	2,75
Sostén.....	1,50
Vestido de niña.....	2,75
Abrigo.....	2,75
Traje de niño.....	2,75
Abrigo.....	3,00
Pantalón.....	1,50
Blusa.....	1,50



Manera de tomar las medidas.—Número 1. *Talle por detrás.* Como indica el dibujo.—Núm. 2. *Ancho de espalda.* A unos 10 centímetros del centro del cuello, y de un brazo a otro.—Núm. 3. *Talle por delante.* En la forma que indica el dibujo, anotando en esta medida el punto que roza en la parte más saliente del pecho.—Núm. 4. Todo alrededor del cuerpo, por debajo del brazo, y por encima del pecho, quedando el metro horizontal, tanto en el pecho como en la espalda.—Número 5. *Contorno de pecho.* Lo mismo que la anterior, sino por la parte más saliente del pecho y dando un centímetro más de lo justo.—Número 6. *Cintura.* Alrededor de la cintura y bien ajustada.—Núm. 7. *Cadera.* Alrededor de la cadera, por su parte más ancha.—Número 8. *Largo de falda.* De la cintura hasta donde se quiera que llegue.—Núm. 9. *Manga desde el hombro a la muñeca,* teniendo el brazo doblado y anotando el punto que roza con el codo.—Núm. 10. Alrededor del brazo, por su parte más ancha y añadiendo 3 ó 4 centímetros más.—Núm. 11. Desde el nacimiento del sobaco, a la muñeca, por delante, y teniendo el brazo bien estirado.—Núm. 12. Alrededor del cuello, por su parte más baja. Para vestido, se anotará la medida desde el hombro, a donde se quiera que sea de largo. Se recomienda especial cuidado en la exactitud de las medidas, porque de ello depende el buen éxito de los patrones.



Servicio de labores.—MUJER ofrece a todas sus lectoras un medio fácil y cómodo de reproducir cualquier labor cuyo grabado se haya publicado en sus páginas.

MUJER envía a cualquier lectora que lo desee las labores elegidas, empezadas y con todo el material necesario para su confección: tejidos, lanas, sedas, algodones, agujas, ganchillos, etc., etcétera, en condiciones económicas *excepcionalmente ventajosas.*

Para saber el precio de determinada labor (empezada y con todo su material correspondiente), la lectora no tiene más que escribir indicando las dimensiones que deberá tener la labor y la clase de materiales que desea emplear, incluyendo en la carta 50 céntimos en sellos, para gastos de envío y franqueo de la respuesta. A la mayor brevedad recibirá la contestación, y le bastará entonces con enviar por Giro Postal o en sellos el importe para recibir la labor empezada, con todo su material correspondiente.

Toda la correspondencia referente a esta sección deberá dirigirse a **Redacción de MUJER. Servicio de labores. Apartado 447, Madrid.**



Las comparaciones son odiosas... y por eso nosotros no pretendemos comparar MUJER con ninguna revista. Todas, como la nuestra y como todo en el mundo, tienen cosas buenas y cosas malas. Y el trabajo de todos es cosa, para nosotros, respetable y compatible con los demás.

Pero hay personas que se empeñan en comparar... y que comparan un poco a la ligera. Para ellas, y sólo para ellas, un ruego. Cuando estén irrevocablemente decididas a hacer la comparación, tomen en una mano los números publicados en un mes (aunque sólo tenga *cuatro miércoles*: marzo, junio, septiembre, diciembre tienen este año *cinco*), y tomen en otra mano los números publicados por la revista con la cual se obstinen en comparar MUJER. Cuenten las páginas, **excluyendo anuncios**, que tienen los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y cuenten luego las que tienen los números que haya publicado en el mismo mes la revista de que se trate. Mucho mejor aún: cuenten el número de figurines, de dibujos, de grabados de nuestros cuatro (o cinco) números mensuales; cuenten luego los de los números mensuales de la otra revista que quieran comparar. Cuenten *sobre todo* las letras; el número de letras, **excluyendo anuncios**, que damos al mes y el que da la revista que hayan elegido para la comparación.

Y sobre todo, hagan una sencilla experiencia: tomen sucesivamente los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y los que en el mismo mes haya publicado la revista de que se trate. Léanse unos tras otros y compárese el tiempo que dure la lectura de éstos y aquéllos.

Después, anótese la cantidad de cosas diferentes, la cantidad de cosas interesantes, la cantidad de cosas útiles, la cantidad de ventajas que se encuentran en los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y en los números correspondientes de otra revista similar cualquiera. Después, compárense los precios respectivos y deduzca cada cual lo que proceda.



Tapas para encuadernar la colección de MUJER.—Estamos preparando unas artísticas tapas para que nuestras lectoras puedan conservar la Revista elegantemente encuadernada. Dichas tapas, en tela inglesa con preciosa estampación en colores, se harán por trimestres. Excepcionalmente, la primera comprenderá todos los números publicados en el año 1925. El precio de cada tapa será de **seis pesetas**. Para los suscriptores costará solamente **cuatro pesetas cincuenta céntimos**. Para recibir las a domicilio habrá que agregar al precio indicado una peseta para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado. Los lectores que nos hagan el pedido de tapas en seguida nos prestarán un servicio, porque podremos calcular mejor la cantidad de tapas que hemos de hacer. Además, quien haga el pedido ahora estará seguro de recibir las tapas en cuanto estén terminadas. Además, si el número de pedidos excede del número de tapas hechas, no podremos servir los pedidos que se nos hagan después de haberse terminado, porque no se reharán. Por lo cual, sólo quien nos pida las tapas con anticipación podrá estar seguro de recibirlas.



Regalos. Comunicaciones.—Todos los suscriptores de MUJER por un año tienen derecho —mientras no se anuncie lo contrario— al regalo de libros que se anunció en los primeros números de MUJER; pero precisamente **en las condiciones que allí se indican**. Las peticiones disconformes con ellas no se tendrán en cuenta. Los que no hayan hecho uso de este derecho pueden reclamarlo. Los que necesiten consultar algún punto relacionado con este regalo o con otro asunto cualquiera, deben enviar cincuenta céntimos para la contestación.

JUGUETES

¿DÓNDE?
CONCEPCIÓN
JERÓNIMA 5

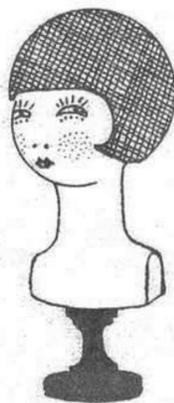


LA ANTIGUA CASA DE SALDOS
LA MEJOR SURTIDA EN MUÑECOS

CASA RAMOS

PELUQUERIA DE SEÑORAS

ESPECIALIDAD EN BISOÑES PARA
CABALLEROS Y ARTÍSTICOS POSTIZOS
PARA SEÑORAS. PREMIADOS EN VARIAS
EXPOSICIONES
ONDULACIÓN MARCEL Y PERMANENTE
MADRID
HUERTAS 7 DUPº — TELº 870. M.



GRAN PREMIO Y
MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN
DE BRUSELAS
1925

PERFUMERIA

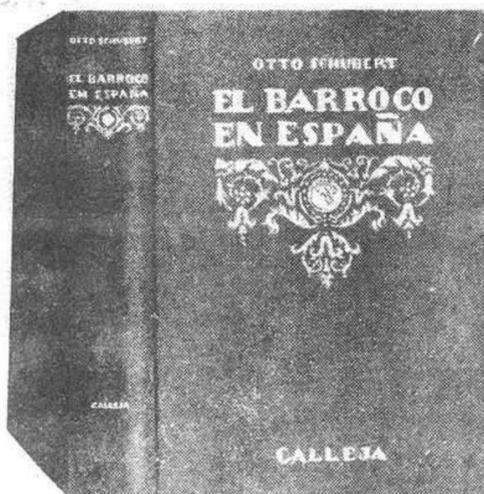
ÉXITO EDITORIAL

OTTO SCHUBERT

HISTORIA DEL BARROCO EN ESPAÑA

De todas las Artes, la Arquitectura es aquella cuyo conocimiento menos puede eludir cualquier persona siquiera medianamente cultivada. Cabe excluir de la vida normal y aun de las excursiones del turista la visita de Museos, la contemplación de cuadros, de esculturas, la audición de obras musicales. Pero nadie puede, en su ciudad o en las ajenas, eludir el enfrentarse con las obras del Arte arquitectónico.

Un tomo de 469 páginas, con 293 grabados; esmeradamente impreso sobre magnífico papel de primera calidad. Encuadernación en antilope fino, estampado en oro de ley con planchas de bronce grabadas a mano según dibujo original; protegida por una sobrecubierta de papel muy resistente.

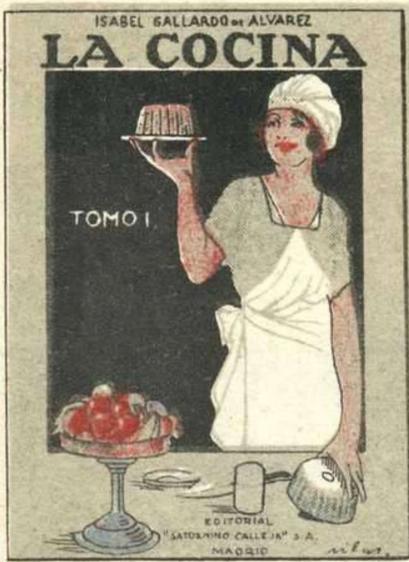


PRECIO, 50 PESETAS

Todos estos libros se remiten sin aumento de precio a cualquier punto de España o de América con sólo pedirlos acompañando su importe a la
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447. MADRID

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos.
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y legumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18 pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación, pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE · CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID